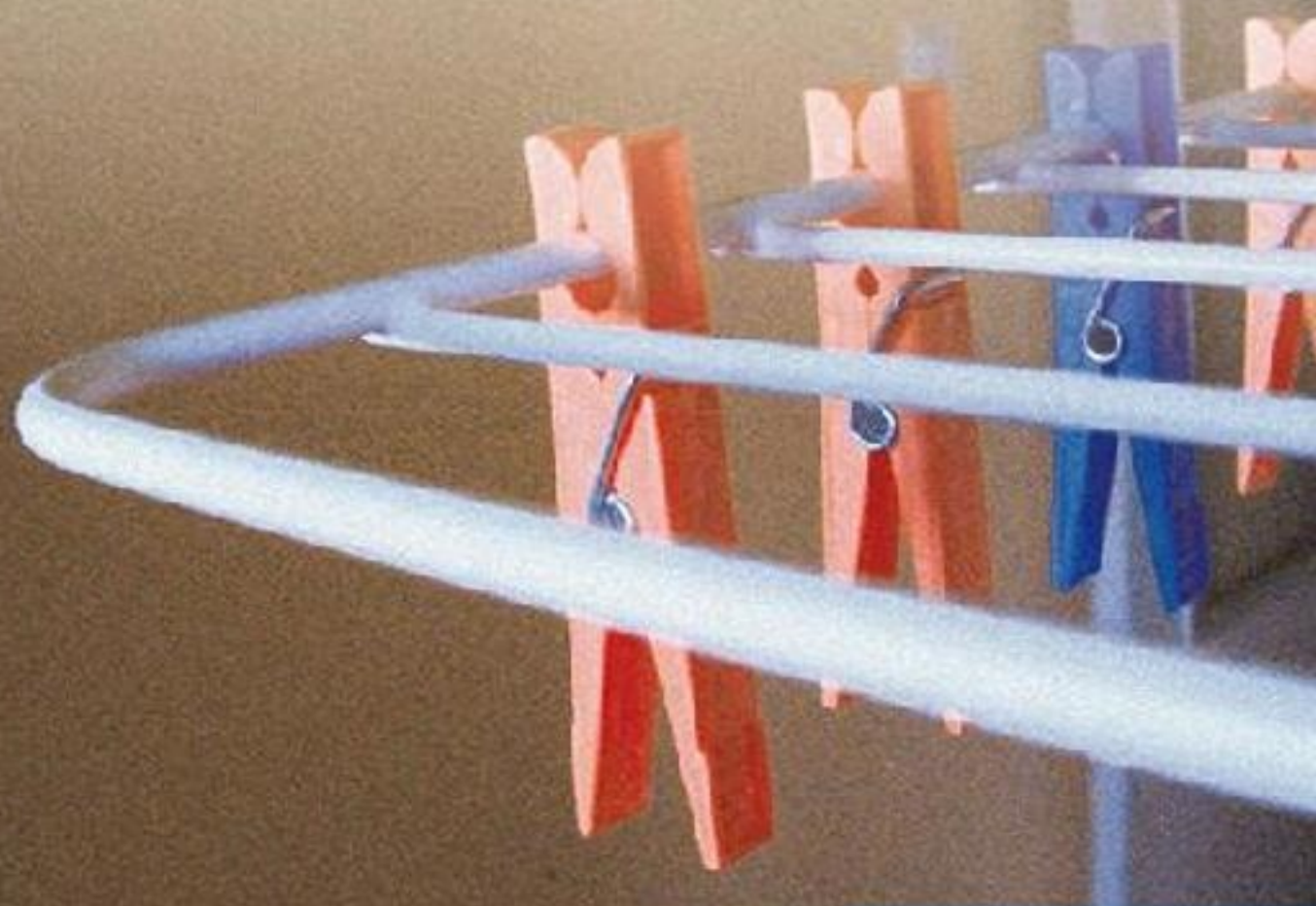


UNA CASA EN BLETURGE

Isabel Bono 



Lectulandia

Un hijo muere y la vida continúa. Continuar significa seguir en pie para cuidar de otros que aún quedan en pie. Este libro cuenta la vida de un matrimonio con hijos. Un hijo que ya no está y una hija en apariencia inmadura. El hijo que murió es el eje en torno al que gira la historia de esta familia que se desgasta. Se desgastan la complicidad y la ternura. Pero no se acaban, sin embargo, el odio soterrado ni el dolor. La hija se siente culpable desde niña y su padre se lo recuerda con cada gesto. Los padres cargan por separado con un vacío que cada cual resuelve a su modo. Él, intentando olvidar el pasado, aferrándose al presente sin futuro que le proporcionan algunas tardes de hotel. Ella, cuidando de un padre que se muere y tratando de comprender a una hija que le recuerda demasiado a su hermana; una soledad inmensa tan solo aliviada por los paréntesis que le ofrecen las visitas al hospital y el trayecto en el tren de cercanías. Es entonces cuando sueña con un lugar donde todo sucede lentamente, donde no es necesario recibir ni dar explicaciones: una casa en Bleturge.

Isabel Bono

Una casa en Bleturge

ePub r1.0

Titivillus 02-11-2019

Isabel Bono, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Esta edición ha contado con el patrocinio de



Ayuntamiento
de **Gijón**

Acta de la reuni3n del Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2016

Reunido desde las 20:00 horas del martes 6 de septiembre de 2016, en el Caf3 Gij3n de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Marcos Giralt Torrente, D. Jos3 Mar3a Guelbenzu y D.^a Rosa Regàs en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Men3ndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar por mayor3a el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2016 a la novela *Una casa en Bleturge* presentada por Isabel Bono.

El Jurado ha querido destacar no solo la indudable calidad literaria, sino tambi3n el car3cter sumamente original y exigente de esta obra. Isabel Bono ha sabido elegir el tono de cada uno de los personajes de esta tragedia familiar expresando los sentimientos que les unen y les separan. Cada una de las voces es cre3ble. Cada una de las situaciones que viven, cada una de las man3as que los dominan y cada uno de los miedos que padecen son del todo veros3miles. La disecci3n, a veces cortante, es tan perfecta que resulta tierna, cruel y realmente emocionante.

ROSA REGÀS
MERCEDES MONMANY
JOSÉ MARÍA GUEL BENZU
ANTONIO COLINAS
MARCOS GIRALT TORRENTE

Una casa en Bleturge

Mientras espera en el semáforo mira las ventanas. Piensa en vidas felices detrás de cada una. Solo en vidas felices, aunque la fachada necesite otra mano de pintura. En el semáforo hay una pegatina naranja: «Una casa en Bleturge». También hay un *e-mail*. El semáforo cambia. Bleturge, y esa dirección en su cabeza, habitándola.

Al llegar a casa deja las llaves junto al ordenador y escribe:

*Asunto: pregunta
qué es bleturge?*

Enviar.

En menos de tres segundos un nuevo mensaje en su bandeja de entrada.

Respuesta automática.

Asunto: cayendo en espiral

Qué habrá por ver tan interesante tras de la niebla. La gente que vive en tierra ansía que la niebla no dure. Cuando esta se disipa pueden en el mejor de los casos ver un chopo, un caserío, una linde. Elementos arbitrarios que no consiguen justificar por sí mismos el hecho monstruoso de la visión.

Va para dos días ya desde que la mañana se juntó con la tarde en la vaguedad de una niebla que reverbera de luz. Para nosotros esto es como una tregua. En estas condiciones los objetos se ven privados de su sombra y los ojos, del horizonte que los tortura.

Por la noche mido cuidadosamente el mapa, y trazo sobre él líneas de hipotéticos rumbos, camino con el compás como si pudiera caminar con unas piernas gigantescas sobre el océano. Sé que no es así. Después del éxtasis geométrico, sea cual sea la conclusión esperanzadora la desnudez del horizonte me revela a la mañana siguiente las mismas verdades, por el mismo orden: soy imbécil, somos imbéciles, todo esto es imbécil.

Se levanta, abre una cerveza, bebe directamente de la botella. Que la niebla no dure, medir con cuidado el mapa, el éxtasis geométrico, todo esto es imbécil. Claro, claro.

*Para Purranki,
lehendakari de los caminos*

Ella

Alta, seria, curiosa. Rubia natural o lo que queda de haberlo sido. Pecho voluminoso y caderas anchas, aunque no resulta grande ni gorda. Podría decirse que fue atleta, pero no lo fue. Nunca se pintaría las uñas, nunca usaría rímel. Casada desde hace más de veinte años con el mismo hombre. Un hijo en el que evita pensar. Una hija.

Fuego

Él colocó dos sillas en la terraza delante de la planta de romero, se agachó y encendió una cerilla. La planta seca ardió al instante. Yo me levanté y me escondí en un rincón, agachada, donde el humo no pudiera ahumarme la ropa. Mientras el fuego subía yo pensaba en los vecinos, en sus sábanas tendidas, en sus hijos durmiendo con las ventanas abiertas. Al cabo de unos segundos la humanidad entera, sus tristes trapos y hasta sus hijos recién nacidos dejaron de existir. El fuego y yo. Las llamas nos hacen desear otra vida, pensé.

Renunciando cada uno a sus sueños miramos aquellas llamas.

Cuando solo quedaba el esqueleto negro con las puntas encendidas crepitando, él se agachó de nuevo intentando prender lo que restaba, pero el aire apagó la cerilla, y yo, en silencio, como si rezara, le pedí a la oscuridad que no dejara que volviera a arder, que no regresara el fuego. Después de cuatro intentos él lo dejó por imposible.

Quise estar lejos, buscar una habitación a oscuras, pero las puntas de las ramas seguían vivas, luciérnagas naranjas en los huecos de un verano que terminaba, y no podía dejarlas allí, brillando para nadie. El mismo aire que había apagado las cerillas ahora alentaba las puntas del romero, las hacía respirar, apagarse y encenderse. Boqueaban como los peces marrones del río. Poco a poco fueron perdiendo el ánimo, el deseo, la respiración.

Mañana, pensé, el romero calcinado parecerá un coral negro, un ser vivo que nadie supo cuidar.

Fósiles

El rojo gastado del terciopelo invita a hablar en voz baja. Se sientan después de mirar erizos petrificados y cubos de piritita. ¿Te has fijado en los meteoritos?, son impresionantes. No sé, podrían ser piedras de cualquier sitio. Pero han venido del espacio. No me han dicho nada, me dicen más esos trilobites pegados a la roca. La roca seguro que era arena. Sí, estarían tomando el sol, los pobres. No creo que sufrieran mucho. Tú qué sabes. No creo que tuvieran sistema nervioso. Tú sí que no tienes sistema nervioso, piensa.

Algún día me gustaría traer aquí a nuestros hijos. Nuestros hijos. Bueno, tendremos hijos, ¿no?, no digo ahora, algún día. No pienso tener hijos. ¿No quieres tener hijos? No, he dicho que no pienso tener hijos, es distinto. ¿Cuál es la diferencia? Querer es algo circunstancial, hoy quiero mañana no quiero, pero pensar es otra cosa, es algo meditado, definitivo. Definitivo. Sí. Del todo. Sí.

Él se levanta, mira el dibujo de una ramita sobre una piedra plana y lee «Coniferofita». Tiene ganas de partir el cristal, agarrar la piedra y lanzarla lejos, romperlo todo.

¿Cómo no me has dicho nunca que no querías, perdón, que no pensabas tener hijos? No sé, nunca salió el tema. ¿En tres años? Hombre, si nunca he hablado de tenerlos deberías haber supuesto que no quería tenerlos. No querías tenerlos. Bueno, ya me entiendes. No, no te entiendo.

¿Cómo explicarle que a veces los hijos mueren antes que los padres? ¿Cómo explicarle que su hermano murió siendo un niño, que lo encontró con la cara azul tirado en el suelo de su cuarto, y que esa imagen quedó para siempre endurecida sobre la arena de su cerebro? ¿Cómo explicarle que se culpa de haberlo dejado solo, que su padre también la culpa, que su padre la odia desde entonces? ¿Para qué explicar nada, si nada le hará cambiar de opinión?

Tienes razón, tenía que habértelo dicho. Da igual. Lo siento. ¿Seguro que es definitivo? Seguro. ¿Del todo? Del todo.

Hija

Alta, soñadora. Más fantasiosa que soñadora. Ha heredado los ojos claros de su padre. No ha heredado los pechos de su madre y sueña con operarse. Acaba de dejar a su novio. Sin hijos.

Agujeros

A veces, si no hace viento, baja a leer el periódico al chiringuito de la playa. *Shorts*, gafas de sol para recogerse el pelo y unas chanclas, se ata una pulsera finísima de cuero en el tobillo izquierdo. Es su disfraz de turista.

Eh, gitano, ¿qué es Hacienda?, pregunta el alemán de pelo largo mientras acaricia a su perro. Yo no soy gitano, soy moro, que bastante es. También cuenta que ha perdido los sesenta euros que le dieron por trabajar todo el día. Hoy no me llevo a casa más que el cansancio, dice. Ahora estoy cabreado, pero si duermo media hora se me olvida. Creo que estamos hablando demasiado alto, dice, dedicándole una sonrisa. Ella niega con la cabeza y también sonrío.

De repente se siente guapa. Se pone nerviosa, dobla el periódico, deja el dinero de la cerveza sobre la mesa y se marcha sin despedirse.

Mamá, ¿dónde estabas?, llevo un rato llamando. Le da un beso a su hija y abre el portal. Vengo a nadar un rato, el médico me ha dicho que es lo mejor para los dolores de espalda, tú también deberías nadar, mamá.

Bajan a la piscina, solo hay una vecina aprovechando los últimos rayos de sol. Se sienta en el césped de espaldas a las terrazas y mira cómo su hija se tira de cabeza sin pensárselo dos veces. Ni siquiera se ha enjuagado los pies. Se quita las chanclas y estira las piernas. Abre el periódico y piensa en aquel chico, en sus sesenta euros en otro bolsillo, en su sonrisa. Se pregunta si algún vecino estará asomado mirándole las piernas.

Cuando vuelven, intenta que no se le vea la cara para que el supuesto espía no sepa que aquellas piernas pertenecen a una mujer mayor. Se cubre con el periódico como si el sol le molestara en los ojos, pero sol ya no hay.

Su hija se viste y se va. Ella se tumba en la cama a leer.

Oye la puerta y se mira el tobillo. Oye cómo él deja las llaves sobre la mesa. Qué silencio, pensé que no estabas, dice al verla. Se sienta al borde de la cama y se descalza. Se tumba bocarriba a su lado. Bonitas piernas, piensa. Siente ganas de tocarlas. Ella nota que él le ha mirado la pulsera del tobillo y pasa una página sin haber acabado de leerla. Se siente estúpida, pero no se

atreve a volver a la página anterior. Tampoco quiere dejar el libro sobre la mesilla de noche porque ya no tendría motivos para seguir allí tumbada. Pasa los ojos sobre las frases, calcula cuánto tiempo tardaría en leerlas, y pasa otra página. Cada vez se siente más estúpida.

Él le pone una mano sobre el muslo. Piensa que si sigue tocándola podrían acabar haciéndolo. Demasiada luz, antes tendría que levantarme a bajar la persiana, piensa. Se acuerda de la hija de la vecina. Han subido juntos en el ascensor. Lo ha mirado a los ojos, le ha sonreído y no ha dicho nada, ni un saludo, ni un comentario tonto sobre el tiempo, nada, solo ha sonreído y ha hecho tintinear las llaves contra la carpeta llena de apuntes. La imagina desnuda montada sobre su cuerpo, esa piel tan joven iluminada por toda esa luz. Aparta la mano del muslo de su mujer. Y otra página. El calor le sube a la cara cuando advierte que ha pasado dos en vez de una. ¿Qué es Hacienda?, sesenta euros, demasiado alto, deberías nadar, qué silencio.

Tu hija acaba de irse, ha estado nadando, parecía triste. Se habrá peleado con el novio. No sé, dice, cierra el libro y se levanta.

Sentada en la cocina se desata la pulsera del tobillo y la esconde en un cajón bajo las servilletas. Trata de recordar la sonrisa de aquel chico, pero solo le viene a la memoria la imagen de unos niños llenando sin descanso un agujero en la arena con cubos de agua que traen y llevan desde la orilla. Quiero para mí esa voluntad, esa fe, esa terca ignorancia, piensa.

Él

Alto, pragmático. Antes de salir a trabajar se despeina cuidadosamente en el ascensor. Sin ganas de jubilarse. Camina con pasos largos y seguros. Todos los días se acuerda de su hijo mientras se afeita. Todos los días maldice y escupe en el váter antes de usar la cisterna.

Siberia

Me voy a la cama. Solo son las ocho. No puedo más, me duele todo, ¿has visto la bolsa de agua? ¿No hace calor para bolsa? ¿La has visto o no? La tiré ayer.

Ella mira en el cubo de la basura y la saca con dos dedos. La funda está pringosa, la corta y la devuelve al cubo. La limpia y la seca con mimo, como si se tratara de un bebé recién nacido.

No irás a meterla en la cama. La he lavado, y haz el favor de no tirar mis cosas.

Durmió mal. Efectivamente, hacía calor, y el tacto de la bolsa era tan desagradable como dormir con un lagarto entre las piernas. Soñó que los pies se le quedaban pegados al plástico y que entre los dedos le habían crecido raíces y setas. Pasó el día con el estómago revuelto y una bola de aire frío en los pulmones.

¿Qué haces? Le hago una funda nueva, era un jersey de los niños.

Él hizo un leve gesto hacia delante y dio un paso atrás. Había descosido las mangas, vestido a la bolsa, y cerrado las sisas y el bajo. Él entró en el cuarto de baño y dio un portazo.

Ella miró la bolsa sobre sus rodillas. Parecía un bebé, un bebé sin cabeza, sin brazos, sin piernas. La miró durante un rato. Fue a la cocina y la tiró al cubo de la basura.

El amor se esconde

El amor no es ciego, la pasión es ciega. Cumplida la pasión vemos claramente si detrás, debajo o al lado había amor.

¿Por qué esperaste tanto? Nunca salió el tema, él debería haberlo intuido. ¿Y tú?, ¿no intuiste que él los quería? No, no recuerdo que él sacara el tema de los hijos hasta el otro día, no sé, tú me entiendes, ¿verdad?, ¿entiendes que no quiera tener hijos? Sí, claro, aunque por otra parte... ¿Por otra parte qué? No sé, da igual, ya está, esta es tu casa, puedes quedarte el tiempo que quieras. Ya. Pero no llores, ¿por qué lloras? ¿Y papá? ¿Papá qué? No sé. Es tu padre y esta es tu casa, ya está.

El amor no es ciego, pero al principio solo vemos felices coincidencias, solo deseamos ver felices coincidencias. Pero todo se gasta y dejamos de esforzarnos en ver lo limpio, pronto comienzan a aparecer pelusas por los rincones. Eso mientras solo sean pelusas, a veces la mugre se vuelve insoportable.

Amar es muy fácil. Se ama o no se ama, te aman o no te aman. El amor con esfuerzo no es amor. Si cuesta amar, si uno se propone amar o que lo amen, no es amor.

Todo se gasta. La pasión se gasta antes que el amor. Después de la pasión debe intervenir la voluntad de amar, pero esa voluntad también debe nacer sin esfuerzo, con la misma naturalidad con la que nació el amor. Es posible que todo esto solo se piense cuando uno ya es viejo. Explícale a un joven qué es la voluntad de amar, explícale eso a alguien con la curiosidad y las hormonas vivas.

Mira a su hija, parece una niña. Se levanta, le pasa la mano por el pelo, le besa la cabeza. ¿Sabes?, el amor se esconde. ¿Sí?, pues dime dónde.

Densidad

¿No te ha pasado nunca que de repente no sabes dónde estás y, lo que es peor, te da exactamente igual? Ha estado a punto de hacerle esa pregunta. Se sonroja, incluso. Él no levanta la vista del periódico. Menos mal, piensa, a veces algunas palabras pesan tanto que no sabe si las piensa o las dice. Prefiere no decirlas, esas palabras, prefiere que se diluyan poco a poco porque, lo sabe muy bien, respuestas no hay.

Algunas veces ha intentado perderse a propósito, perderse a las tres, a las cuatro de la tarde a pleno sol, cuando por las calles apenas queda algún turista despistado. No sabe qué busca, no sabe qué pretende demostrar, si es que se trata de demostrar algo. No sabe por qué lo hace, solo sabe que cada vez lo hace más a menudo. Incluso de noche, cuando vuelve del hospital de visitar a su padre.

Tampoco es perderse, perderse no es fácil en la ciudad en la que uno vive, es sentirse lejos, fuera de todo lo conocido, no reconocer de pronto una casa, un árbol, el camino de vuelta. Dos segundos son suficientes, mirar y no reconocer, sentirse libre por dos segundos. Leve por dos segundos.

Lleva un rato rozando mecánicamente la pata de la mesa con la punta del zapato. Otra manera de no estar, de perderse. ¿Cuánto tiempo tardaría en gastarse?, ¿y quién ganaría, el zapato o la madera? Son bonitos estos zapatos. A pesar de tener más de diez años siguen siendo bonitos.

Él, sin levantar la vista, se encaja las gafas y dice Si no supiera dónde estoy me volvería loco, y cuida tus zapatos si quieres que duren diez años más.

Accidentes domésticos

Sube y baja la cremallera del jersey mientras se mira al espejo. Se suelta el pelo, se lo levanta sobre las sienes intentando encontrar canas mal teñidas. Se mira las uñas, se estira la frente. Abre el cajón. Bragas ordenadas por colores. Saca unas y las extiende sobre la colcha, las mira. Se recoge el pelo, se quita los vaqueros.

Las cosas hay que hacerlas bien, piensa. Se sienta al borde de la bañera, se enjabona las piernas y pasa la cuchilla una y otra vez.

Siempre pensó que no podría vivir sin sexo. Ahora, si lo tuviera, al terminar sabe que querría arrancarle la cabeza y comérsela como haría una mantis religiosa. La soledad, el asco. La imagen le quita las ganas de masturbarse. Pone el tapón, abre el grifo y se mete en la bañera.

¿Estás ahí? No, sí, ahora salgo. No hace falta. Él abre y entra, ella se tumba y empuja la cuchilla con el pie para esconderla bajo el agua. Él levanta la tapa del váter y orina. Algunas gotas salpican la taza. Ella cierra los ojos. Las piernas le arden.

Buenas noches

Pone el despertador, se quita las gafas. Las bragas que había esta tarde en la cama ¿son tuyas? Claro, ¿de quién iban a ser? Alarga la mano y apaga la luz. No te enfades, pero parece que no tengamos dinero para comprar bragas. Cabrón, piensa. Tienes razón, pero me da pena tirarlas solo porque hayan cambiado de color. ¿Y en qué año dices que pasó eso? Él no puede verla, pero ella está aguantando la risa y piensa que es la conversación más larga que han tenido en los últimos meses. No te preocupes, mañana las tiro. No es solo el color, es el modelo, las bragas de ahora no son así. No sabía que fueses un experto. Bueno, no estoy ciego. Él se arrepiente y cierra los ojos. La oscuridad es la misma. La vida sigue, las putas pasan, piensa ella. No te preocupes, mañana las tiro.

Batallas

¿Cómo te gusta la ropa interior? Nota que la postura, tumbada bocarriba, y la oscuridad convierten en solemne su estúpida pregunta. ¿Qué?, responde él. Ella prefiere no volver a repetirla. Aprieta los ojos como si con ese gesto pudiera borrar lo dicho, retroceder treinta segundos.

La noche anterior habían hablado de bragas. Él había sacado el tema después de apagar la luz. Ni ella misma está segura de si le importa, de si es bueno continuar esa conversación o de si simplemente desea que hablar de algo antes de dormir se convierta en costumbre.

No tengo preferencias, dice él. Ayer eras un experto, mis bragas estaban pasadas de moda y hoy no tienes preferencias, piensa ella sin abrir los ojos. Pero tiene razón, piensa, cuando estás loco por alguien no hay preferencias, es justo al contrario. Las preferencias vienen después, cuando los ojos recuperan la vista, cuando las manos recuperan la vista, cuando ya no ciega la novedad. El deseo se alimenta de novedad. Ella respira hondo tratando de no hacer ruido, abre los ojos a la negrura del techo y repasa mentalmente el cajón de su ropa interior. De batalla, resume. Después recuerda y numera cada imperfección de su piel y se alegra de no tener que mostrarse ante nadie. Se alegra de que él conozca sus bragas y su cuerpo hasta el hastío.

¿Y tú, tienes preferencias?, dice él acariciándole la cadera con el dorso de la mano.

Amianto

Cuando le dijo Llévame a la estación, inmediatamente hizo una lista mental de todas las cosas que haría ese día. Él volvería en el último tren, pero no era necesario que lo recogiera, cogería un taxi. Tampoco hacía falta que lo esperara despierta. ¿Cuántas veces había soñado con un día así, una vida así? Una vida para ella sola, pasear sola, desayunar sola fuera de casa leyendo el periódico al sol.

El *parking* de la nueva estación era amplio y luminoso. Aparcó cerca de la entrada al centro comercial, esperó a que él subiera en el vagón y caminó hacia las tiendas. Manoseó varios collares y el poliéster de todas las blusas. Se probó unas gafas de sol enormes y un gorro de lana que prometía un descuento del 70 %. Compró dos pares de pantis opacos, y nada más salir a la calle se arrepintió. Quizá el próximo invierno no se lleven tan tupidos, se dijo. Los usaría para casa. El sol le quemaba en el cuello y se quitó la chaqueta.

Bajo la sombra de un semáforo dudó si seguir por el paseo marítimo o por la avenida atestada de coches. Su librería favorita quedaba muy cerca, pero sintió una pereza enorme y además recordó que se había dejado la margarina fuera del frigorífico. Eligió la sombra y el camino más corto.

La cama estaba sin hacer y las toallas húmedas en la banqueta del cuarto de baño. Tendió las toallas. El periódico del día anterior estaba abierto sobre la mesa por la página del sudoku. Lo cerró.

Sentada en el sofá mirando la tele apagada. Sentada en el sillón tirando de un hilo. De pie en la cocina preparando un sándwich. Sentada en la cama quitándose los zapatos. De pie frente al espejo sacándose un pelo de la barbilla. De pie en la cocina preparando otro sándwich.

Hace la cama mientras mastica. Mira en el frigorífico si hay cervezas. No hay. Se sienta en la cama y se pone los zapatos para ir a comprar cerveza. Se sienta en el sofá y se quita los zapatos, encoge las piernas y esconde los pies bajo un cojín. Enciende la tele.

Sentada en la cocina, mira cómo una fuente de tallarines da vueltas en el microondas. Se quita la camiseta y la echa a la lavadora. Ve la margarina

encima de la mesa, la guarda en el frigorífico y mira de nuevo si hay cerveza. No hay. Suena el microondas. Sentada en el sofá comiendo tallarines.

Sentada en el sofá cortándose una uña del pie con las uñas de la mano. Enciende la tele y le quita el volumen. De pie en la cocina fregando la fuente y el tenedor. De pie delante del frigorífico acabando los restos de un helado con la puerta del congelador abierta. Recoge las toallas del tendedero. Las vuelve a colgar porque siguen húmedas. Empieza una película en versión original subtitulada, la ve con el volumen a cero. Empieza a anochecer. Abre el frigorífico y detrás de unas latas de refresco ve una cerveza. Enciende el ordenador, lee los mensajes, los borra de la bandeja de entrada, los borra de la bandeja de elementos eliminados, borra el historial. Sentada frente al ordenador apagado bebiendo cerveza.

Camina descalza, deja la cerveza en un brazo del sofá y apaga la tele. La luz de la terraza del vecino ilumina las aristas de los muebles. La cerveza se vuelca. Da igual, cuando compraron el sofá aseguraron que la tapicería llevaba amianto y repele el líquido y las manchas. El amianto produce cáncer, pero le dio igual.

¿Qué haces a oscuras? Aquí. ¿Qué tal el día? No he hecho nada. Él ve la lata de cerveza abierta y una mancha en el sofá. ¿Estás bien? Estoy cansada, ¿tú qué tal? Nada, ¿queda cerveza? No, mañana compro. Mañana es fiesta. Ya, pero el centro comercial de la estación creo que abre y de todos modos tengo que volver, olvidé el coche en el *parking*.

Bondage

Estaba bebiendo agua cuando vio un plato en el fregadero. No recordaba haber usado uno llano. Asomó la cabeza sin salir de la cocina y vio que el plato de postre seguía vacío en la mesa justo delante de su sillón. Mi sillón, pensó, qué tontería. Los dos sillones eran idénticos. Corrió la mesa hacia un lado e intercambió los sillones. No recordaba que pesasen tanto. Justo en el momento en que devolvía, sofocada, la mesa a su lugar él entró en la sala. ¿Qué haces? Nada, dijo ella. Fingió que alisaba el mantel y se llevó el plato de postre a la cocina. Fregó los dos.

Mientras colocaba los platos en su sitio y pasaba un paño seco por la encimera, recordó el documental que acababa de ver. Una mujer de su edad había hablado de sus esclavos. Inteligencia, imaginación, había dicho. Máscaras de cuero, corpiños, látex y *bondage*. Tópico tras tópico. Frases hechas aprendidas. Imaginación, qué tontería. Buena memoria, en todo caso.

¿Quieres algo de la cocina?, dijo antes de salir. Él no quería nada, apagó la luz. Él estaba haciendo dos montones con periódicos atrasados. Solía preguntarle si ya los había revisado y si podía tirarlos. Trató de recordar desde cuándo él los tiraba sin más. Se cepilló los dientes sin ganas y se dijo que no hacía falta buscarle tres pies al gato, total, todas las veces que él le había preguntado si quería echarles un último vistazo ella había respondido que no. No solo había dicho no, sino que lo había dicho con desprecio. Que nos hacemos mayores, dijo entre dientes. ¿Decías algo? Nada.

La bandeja, por ejemplo, siempre se la he llevado a la mesa, se la he puesto delante. No pondría la mano en el fuego, pero estoy casi segura de que cuando terminábamos de comer él apilaba mis cosas sobre las suyas, colocaba una bandeja sobre la otra y las llevaba juntas a la cocina. Nunca se habían repartido las tareas de la casa, si uno veía polvo en la estantería pasaba un paño. Si otro veía dos platos vacíos en la mesa, los dejaba en el fregadero.

Es por mi culpa, pensó. Si entro en el dormitorio y veo el cajón de su ropa abierto, ya no lo cierro, o si ha dejado el pantalón en el brazo de la butaca, ya

no lo doblo, o si hay una bolsa de té usada junto al grifo, ya no la tiro a la basura. En fin. Fue a por unas nueces.

Si buscas el cascanueces está en el cajón de las herramientas, dijo él súbitamente sin levantar la vista de los periódicos. Efectivamente, estaba debajo de los guantes de podar. ¿Por qué no lo pusiste en su sitio?, ¿no sabes que llevo una semana buscándolo?, mañana pensaba comprar otro. Creí que habías decidido que ya no servía, que lo habías dejado allí a propósito, dijo él algo intimidado, muchas veces he llevado tu plato a la cocina y me has dicho que lo habías dejado a propósito, que estaba allí por algo. Ella sonrió. ¿Qué? Nada.

Edad

Ha bajado a la calle con el pelo húmedo y un destornillador en el bolsillo. En una mano la basura y el reciclaje, en la otra dos libros. Al llegar a los contenedores siempre piensa que de detrás de un seto va a salir un inspector para multarla. Ha pensado en muchas excusas, incluso en algún gesto seductor. A su edad. Pero el temor sigue ahí, el mismo temor que le hace apretar los libros para que, por un descuido, no vaya a echarlos también al contenedor. No sabe qué hora es ni a qué hora cierran la biblioteca. Siempre igual, siempre todo para el último momento, como cuando tenía doce años. El corazón en vilo por devolver dos libros que bien podía haber comprado. No somos pobres, le dice él cuando la ve leyendo con prisa. Podías comprar esos libros y leerlos tranquilamente, le dice. Pero ella prefiere mostrar su carné al chico del mostrador. Siempre siente la misma excitación al meter los libros en el bolso, casi como si los robara.

Cuando el chico del mostrador la oye respirar, le dice que todavía faltaban dos días. Ella sale satisfecha con las manos en los bolsillos. Junto a la biblioteca hay un parque, junto al parque, un zoológico. Algunas mañanas parece que los monos anden sueltos entre las palomas. No hay nada mejor que cruzar un parque con las manos en los bolsillos. Una pareja se besa en el césped, otra discute en un banco. El equilibrio de las masas continentales.

Detrás del parque hay calles por las que nadie pasa. Calles perfectas para correr sin que nadie piense que estás loca. No hay nada mejor que correr sin tener prisa. Y corre.

Cuando llega al portal desea encontrarse con algún vecino, desea que alguien la vea sofocada para poder decir Es que he venido corriendo.

En cuclillas, frente al buzón, se da cuenta de que no necesitaba destornillador. Desencaja desde dentro dos pivotes de plástico, saca la tarjeta con sus nombres, coloca la nueva y presiona. Así de fácil. Nota que le cuesta levantarse, que la carrera le ha aflojado los muslos. Y se deja caer. Desea que ningún vecino aparezca de repente. Oye a sus espaldas cómo alguien abre el portal.

¿Mamá? Menos mal que eres tú, ayúdame a levantarme, anda. ¿Estás bien?, ¿te has caído? Estoy bien, estaba descansando. ¿Descansando?, ¿sentada en mitad del portal?

Su hija viene de mirar pisos de alquiler. Todos horribles, ha dicho. Mientras suben en el ascensor piensa que su hija no ha reparado en que acaba de añadir su nombre a la tarjeta del buzón, que cualquier mañana lo verá y eso le dará un poco de tranquilidad.

¿Y ahora, de qué te ríes?, ay, mamá, de verdad, a veces parece que tengas doce años.

A medias

Ingéniate las como puedas, pero aquí no puedes vivir. No ha dicho más. Ha seguido leyendo el periódico, zanjando así el asunto. Ni siquiera ha añadido Y no le vayas ahora a llorar a tu madre. El no decirlo implica, su hija lo sabe, que esa conversación no ha sucedido nunca. Queda aún más patente que el tema no le afecta lo más mínimo porque no se ha levantado del sillón, no ha dejado las gafas sobre la mesa ni ha desaparecido dando un portazo. Le ha faltado decir con toda naturalidad Y ahora me traes una cerveza bien fría.

Ella tampoco se mueve. Sigue de pie, apoyada contra la librería, desafiando su indiferencia, escondiendo las ganas de morderse las uñas para tener la boca ocupada y evitar preguntarle por qué la odia tanto, si de verdad la culpa después de tanto tiempo de la muerte de su hermano.

Él no esperaba que ella se quedara allí, de pie. Esperaba verla gimotear, esperaba reproches infantiles, alguna absurda amenaza. Es mi hija, pero no la quiero. Solo quiero que se vaya.

Ella mira por la ventana y trata de canturrear mentalmente alguna canción, pero nota que todas las letras que le vienen a la cabeza le punzan los ojos. Se le escapa entre dientes la sintonía de un anuncio de medias.

Él no se atreve a mirarla. ¿Está loca?, ¿qué hace ahí, de pie, cantando? Ella no puede más, nota que los ojos van a llenársele de lágrimas de un momento a otro. Se da la vuelta y, de espaldas, antes de salir de la habitación le pregunta si quiere algo de la cocina. Una cerveza, dice él.

Lleva un rato secándose las lágrimas con una servilleta de papel cuando su madre la agarra por las caderas, le aparta el pelo y le besa el cuello. Me ha dicho papá que te quedas con nosotros hasta que encuentres piso, no sabes cuánto me alegro.

Burbuja

Ya sé lo que ha pasado. El novio. ¿Te lo ha dicho ella? No. Pues sí, lo ha dejado y, ¿sabes por qué? Lo ha pillado con otra. Eres muy listo. Siempre es por eso.

Ella deja la crema de manos sobre la mesilla de noche y apaga la luz de su lado. Él sigue leyendo. Ella querría enfadarse, reprocharle su desinterés, pero no hay nada que reprochar. A ella tampoco le interesa demasiado el tema. Su hija no le cae bien, suena mal, pero es así. Es caprichosa, infantil, egoísta. La quiere porque es su hija, daría la vida por ella sin dudarlo, pero no le cae bien. Si no la conociera, si alguien se la presentara, pensaría Frívola, mimada. Mimada. ¿Y cómo no iba a mimarla? Su hermano muere, su padre la culpa y la desprecia desde ese mismo instante. ¿Quién no mimaría a una niña de diez años?

No lo ha pillado con otra, ¿quieres saber por qué ha sido?, porque él quería tener hijos y ella no, eso es lo que ha pasado.

Todo es museo

Me gusta la gente que espera. Este tipo se ha sentado a esperar a que escampe o a que el chaparrón se vuelva lluvia menuda para volver medio seco a su casa. Se ha sentado en la escalera postiza de la puerta lateral del museo. Antes esa calle, ahora peatonal, estaba llena de putas y coches aparcados que esperaban su turno. Ahora suelen jugar niños mientras sus padres toman algo en la terraza de la cafetería del museo. Jugar también es un modo de espera. La terraza no es más que una moqueta azul sobre los falsos adoquines, delimitada por cuatro jardineras que nadie cuida. Hoy la moqueta está empapada. El museo era antes un mercado. No hablo de las putas, era un mercado de verdad. Ahora, desde fuera, no se sabe bien qué es.

El tipo se ha subido la capucha y ha sacado un libro de bolsillo, del bolsillo. Me gustaría tener el arrojo suficiente para bajar y sentarme a su lado. ¿Qué lees?, le diría.

Una vez, mientras era yo la que esperaba, vi a un chico también esperando. Dibujaba en un cuaderno. Crucé la plaza, me senté a su lado y le ofrecí mis auriculares. *Very nice*, dijo. Le expliqué que era una canción en castellano antiguo. Le hablé de *El libro de buen amor*, no sé si llegó a entenderme. Después me fui. En otra ocasión me senté junto a un chico muy triste, con ojos de pez, en los escalones del cine. No quedaban entradas para la película que quería ver, la misma que yo. Los dos sin entradas mirando la acera. Dos semanas después nos fuimos de viaje juntos. Comimos hígado de bacalao y uvas tumbados sobre la hierba. Yo hacía cosas así.

El tipo del museo deja el libro sobre el escalón y busca algo en los bolsillos. ¿Un cigarrillo? Saca una libreta y escribe apoyado sobre una pierna flexionada. Me muero por saber qué escribe. Me muero por saber si me habrá visto, si me mira como yo lo miro desde el ventanal de casa. Me muero por saber si estará escribiendo algo sobre mí.

Gracias

Había empezado a llover, la gente corría y alguien la empujó hacia la entrada del hotel. Estaba sacudiéndose el pelo cuando un tipo uniformado le abrió la puerta. No, no, dijo ella. Entró. Unos adolescentes en chándal se empujaban junto al mostrador. Seguía lloviendo. 314, por favor, pidió con voz firme, parapetándose entre dos anchas espaldas. La chica de recepción, agobiada y sin mirarla, se la tendió.

Abrió con cuidado temiendo despertar al verdadero huésped. Entró y colocó el cartel de no molestar. Su corazón podía oírse desde el pasillo. Ahogó una carcajada. ¿Hola?, ¿hay alguien?

Dos camas gemelas unidas, una sin colcha, con la almohada doblada y hundida. Se quitó los zapatos. Siempre le gustaron las moquetas. En casa nunca pudieron ponerlas porque su hermano era alérgico. A cada lado de las camas un sillón color teja. Probó los dos. Sobre el velador, un buqué de rosas. Plástico. Enderezó los cuadros del cabecero y miró bajo las camas. Abrió todos los cajones. En uno había un pantalón de pijama. Se lo puso delante y tuvo que subirlo unos treinta centímetros por encima de la cintura para que no arrastrase. Vaya vaya, qué chico más alto tenemos aquí. Ni rastro de objetos femeninos.

En el armario, un polo verde, una muda y unas zapatillas de deporte del cuarenta y cuatro. Olió el polo. No olía. Se tumbó en la cama. Un chico alto ha llegado a la ciudad para una reunión de trabajo, dormirá aquí esta noche y mañana volverá con su mujercita. Si es que la tiene. Se levantó de un salto y entró al baño. Bajo los lavabos una báscula. 50,300. Sin bajarse, abrió el paquete del cepillo de dientes y se cepilló a conciencia. Con la otra mano rebuscaba en el neceser. Desodorante, cuchilla y una muestra de *aftershave*. Ningún cepillo de dientes. Oh, oh. Trató de devolver el cepillo a su celofán, pero no hubo manera. Lo dejó en el vaso. Quizá el chico alto número cuarenta y cuatro no recordara si ya lo había usado. ¿Y qué si lo recordaba?

Las cuatro botellitas de gel y champú, intactas. Miró la bañera. Total, un hombre entra en su habitación y encuentra a una chica desnudándose, ¿qué

podría pasar? Se echó un vistazo en el espejo. Soy mona y solo peso 50,300. Se bajó de la báscula.

Una vez desnuda, apiló la ropa en uno de los sillones. En la mesita de noche había dos caramelos. Para no entretenerme demasiado, la ducha durará solo lo que dure este caramelo en mi boca. Acabó masticándolo, y para secarse usó una toalla de lavabo. Puede que sea una allanadora de moradas y una ladrona de caramelos, tal vez use sin consideración el cepillo de dientes de los demás, pero me preocupa el medio ambiente, le dijo al espejo con el índice levantado. Mientras se vestía masticó el otro caramelo. Encendió la tele.

Se secó el pelo subida a la báscula y colgó la toalla en la barra del radiador. Antes de abrir el celofán del peine miró si llevaba alguno en el bolso. Vio que tenía varias llamadas perdidas. Había olvidado por completo que había quedado con su madre en la puerta del cine. Se reía mientras se calzaba. Echó un último vistazo. Todo en orden. Sintió una tristeza rara por no dejar ninguna huella de su visita. El cepillo de dientes no contaba y la báscula no tenía memoria. Apagó la tele y al dejar el mando vio un bolígrafo diminuto. Abrió el armario, sacó una de las zapatillas y escribió en la suela Gracias, número..., y rodeó el cuarenta y cuatro con un círculo.

Bajó por las escaleras, en recepción todo despejado. Se limitó a dejar caer la llave en la ranura del mostrador sin decir nada. En la acera había charcos. Resbaló. Un chico la sostuvo del brazo evitando que cayera. Gracias. El chico entró al hotel deshaciéndose el nudo de la corbata, se volvió a mirarla y sonrió. Bonita dentadura. Por más que trató de fijarse, no podría asegurar que calzara un cuarenta y cuatro.

Milagros

Cualquier relación de pareja de más de cinco años que no se haya convertido en una relación doméstica le parece un milagro. A la salida del cine ha evitado saludarlos. La mujer, después de una cerveza, suele peinar hacia arriba la nuca de su marido, y hacer comentarios del tipo Qué bien te portaste anoche. También suele llamarle Mi león, sin pudor alguno. Pero solo después de una cerveza. Sabe que podría decirlo después de un vaso de agua, pero la mujer prefiere tomar una cerveza. Una cerveza es su coartada.

Si la tonta de mi hija no me hubiese plantado, ahora tendría una buena excusa para volver a casa. ¿Dónde se habrá metido?

Solo una, ha dicho. La mujer pide una cerveza y habla del fin de semana, de cuánto han disfrutado. Aunque hemos pasado más tiempo en la habitación que de paseo, ya me entiendes, añade, y da un sorbo directamente de la botella.

Ella se pregunta cuánto tiempo llevan juntos, ¿diez, quince años? Como si la mujer pudiera leerle el pensamiento, cuenta que ahora que su hija ha cumplido dieciocho pueden permitirse alguna escapada. Escapadas románticas, precisa. Dieciocho años. Desde que los conoce nunca ha notado ninguna tirantez entre ellos, ningún comentario mínimamente hiriente por parte de ninguno. Él es más reservado a la hora de prodigarse en mimos, pero muchas veces lo ha visto hablar a su mujer con una ternura que rayaba en el paternalismo.

Lo vuestro es un milagro, les dice sin probar la cerveza. La mujer sonrío y se levanta satisfecha para ir al servicio. El hombre apura la botella y levanta un dedo mirando hacia la barra.

Voy a dejarla, no sé cómo decírselo, pero voy a dejarla, desde que nació nuestra hija todo ha sido un desastre, siente celos de nuestra hija, ¿lo puedes creer?, de su propia hija, desde hace años estoy buscando el momento oportuno, pero nunca es el momento oportuno, siempre hay una fecha señalada, un viaje, una enfermedad, cualquier estupidez que hace que no sea el momento oportuno.

Ella desea desaparecer, cerrar los ojos, pulsar un botón oculto bajo el taburete y desaparecer.

Sé lo que estás pensando y tienes razón, hay una chica, pero no es una jovencita con una mariposa en las nalgas, es una chica mayor que yo, una mujer, mayor que tú y que yo. Ella está por decirle que no pensaba en nada, ni en nalgas ni en mariposas y que le da exactamente igual si deja a su mujer o si la chica nueva tiene más de cien años. Le da igual.

La mujer vuelve del servicio sonriente y bebe un sorbo de la cerveza de su marido.

Mamá, qué casualidad. La mujer dice que es un milagro que, de todos los bares que hay, su hija haya entrado precisamente en ese. Es un milagro, repite despeinando la nuca de su marido. Ella se levanta, agarra el brazo de su hija y se despide sin ceremonias.

¿Estás bien, mamá? ¿Pero no habíamos quedado en el cine?, da igual, estoy muerta, con una ducha se me pasa. Pues cuando te cuente lo que he hecho esta tarde sí que te vas a morir.

Semillas

Estaban las dos en la cocina. ¿De qué se reirán ahora?, pensó. Tu hija se ha colado en un hotel. Él se sirvió café. Papá, no deberías tomar café a estas horas. Él siguió de espaldas y pensó que su hija estaba loca. ¿Me has oído? Se ha colado en un hotel, repitió él. ¿Te lo puedes creer?, pidió la llave, entró y se duchó, ¿te lo puedes creer? Las dos volvieron a reír. Él salió de la cocina y miró por el ventanal. El viento había volcado dos macetas.

Siempre quiso tener un jardín por pequeño que fuera, un cuadrado de tres por tres donde cupieran una hamaca en verano y hortalizas en invierno.

¿Qué haces pegado al cristal?, vas a enfriarte, y deberías pasarte al descafeinado. Él siguió de espaldas y bebió lo que le quedaba de un sorbo. La loca de su hija dándole consejos, vamos.

Siempre estuvo loca. La tarde que llegaron del hospital con el nuevo bebé, la encontraron escondida bajo la cama con una caja de zapatos, dentro estaban troceadas todas sus muñecas recortables. No solo les había cortado la cabeza, sino que se había entretenido en amputarles piernas y brazos. Al saber que no era una niña, y que no tendría que compartirlas, lloró toda la noche. Loca de remate.

Su hijo. Entre los dos convirtieron una caja de corcho en un pequeño invernadero del que solo obtuvo un mandarino enclenque de ocho centímetros. Crecían más altas y fuertes las lentejas que su hijo sembraba en un vaso de yogur. Los sábados, ocultándose detrás del periódico, observaba el mimo con el que su hijo cuidaba las plantas. ¿Quieres que riegue también las tuyas, papá?

Un sábado su hija lo guio de la mano, el mandarino estaba enterrado en un charco. ¿Lo ves, papá? No te preocupes, no pasa nada.

Apretó la taza vacía con rabia. ¿Por qué tuvo que morir? ¿Por qué no murió esa loca estúpida?

Papá. Al volverse la vio empuñando un cuchillo. La taza hizo más ruido del que cabría esperar cuando se estrelló en el suelo. ¿Qué haces ahí a

oscuras?, mamá dice que vengas, la cena está casi lista. Se agachó a recoger la taza hecha pedazos. Deja, papá, ya lo hago yo, no te preocupes, no pasa nada.

Extrañas compañías

El hombre que camina delante lleva las llaves en la mano. Instintivamente, saca las suyas del bolsillo y mete el índice en el aro del llavero por miedo a perderlas. Todavía queda un buen trecho para llegar al portal, pero notarlas entre los dedos acompaña.

El hombre no consigue abrir la puerta a la primera, nota que hay alguien a sus espaldas, pero no se vuelve del todo. Cuando ella le sonrío y le muestra sus llaves él se lleva la mano a la frente, se limpia un sudor inexistente. Ella abre. Él resopla como un niño que jugara a cargar un saco lleno de enormes piedras. En el portal hay dos ascensores. Los dos se acercan al de la izquierda. Vaya, dice él, a lo mejor también vamos al mismo piso. Ella sonrío y pulsa el 3 y el 7. Él la mira con cara de desconcierto. ¿Vas al tercero, no? Sí, sí. Y ya no dice nada más. Fija sus ojos en las llaves, juega con ellas. Ella teme por un momento que cuando se abra la puerta vayan a caer por el hueco del ascensor. Ella piensa que si el ascensor se parara entre dos pisos y se quedara encerrada con ese hombre, acabaría matándolo.

El hombre sale y sin darse la vuelta dice Adiós. Ella le responde cuando la puerta ya está cerrada. Se mira en el espejo, se peina una ceja y sonrío. No hay nada que le guste más que ser una desconocida.

Ella no sabe cómo se llama ese hombre, pero sabe que vive en el tercero, que tiene dos hijos, mellizos, y que su mujer no es de aquí. Nunca ha hablado con ella, pero una vez la oyó decir a los niños que no corrieran al borde de la piscina, y pronunció todas las eses. Su suegro tampoco es de aquí. Suele llegar a casa a media mañana y siempre, siempre, lleva una bolsa de plástico en la mano.

Ella no sabe cómo se llama ningún vecino, ni siquiera se ha parado a leer sus nombres en los buzones y jamás ha ido a una reunión de la comunidad. Es educada, es amable, pero prefiere dejarlo ahí. Lo que le extraña es que ese hombre no tenga ni idea de que ella vive en el séptimo. Los mellizos deben de andar por los seis años y se mudaron cuando su mujer todavía estaba embarazada.

¿Ya? Solo he bajado a por unas naranjas, por estirar las piernas más bien. ¿De qué te ríes? De nada, de un vecino. Si es del viejo del tercero no me extraña, siempre que subo con él me dice lo mismo La gente se cree que llevo medicinas en la bolsa, pero no llevo nada, mira. Y abre la bolsa y dentro hay propaganda que ha sacado del buzón, es para troncharse, yo creo que no está bien de la cabeza. Las cosas acompañan. ¿Una bolsa vacía acompaña? ¿Tú nunca sacas las llaves un rato antes de llegar a casa y caminas con ellas en la mano? ¿Caminar con las llaves en la mano te acompaña?, mamá, estás fatal, anda, dame una naranja.

Palabras

Nunca he temido a la muerte, ¿para qué? La muerte no me concierne, pensaba. Solo un hueco cuando murió mi madre. Cuando murió mi hijo la temí aún menos. No sé cuánto tiempo pasó hasta que fui consciente de que yo seguía aquí, sin él.

Hay un nombre para cada cosa. ¿Por qué no hay un nombre para los padres que pierden a sus hijos?

Mientras, ha llegado el verano con su luz indómita y todo pesa menos. Todo excepto la luz. Salgo a pasear, a distraerme, miro las caras de otras mujeres de mi edad y se me quitan las ganas de vivir. No quiero eso para mí. No quiero ese gesto. Parecen arrastrar su vida solo porque siguen vivas. ¿O será que se maquillan demasiado?

Me pregunto si será la luz, el calor, o la falta de sueño. Me pregunto cuánto tiempo seré capaz de permanecer aquí, viva. Me pregunto qué día y a qué hora decidiré que ya no quiero más, si llamaré a mi hija para despedirme o desapareceré sin más. Pero lo que me pregunto sobre todas las cosas es si habrá algo, alguna palabra, que me haga desear quedarme un poco más. Solo un poco más.

Sí

Esa chica aprendió a decir sí. No sé en qué momento, pero es fácil imaginarlo. Que aprendió es un decir. Se le nota que ni remotamente quiere decir sí, pero lo dice. Hoy hace más fresco. Sí. Deberías ponerte una gorra. Sí. Acaba de pasar un cerdo volando. Sí.

Esa chica aparca más coches que nadie y dice que antes era cajera de un supermercado, por eso tiene la espalda hecha un siete. En Navidad le regalé bombones. Con lo mal que tengo los dientes, dijo tapándose la boca. Dicen que el chocolate tiene hierro. Sí.

Varios días después me pidió una moneda, la calle estaba desierta. Pensé que a partir de entonces me pediría dinero cada mañana, pero no. Ahora me saluda con la mano desde donde esté. Hacía tiempo que no veía a su pareja. Mi marido está con lumbago, dice. Su marido es un chico que llegó a la calle antes que ella. Tiene el pelo largo y la barba canosa. Con la gorra apenas se le ven los ojos. Desde Navidad también me sonrío y me saluda. Si te fijas, tiene los ojos azules.

La dermatóloga me prohibió ir a la playa. Si tienes que ir por obligación, por la tarde y con camiseta, dijo. Me regaló unas cremas muy caras. Se absorben bien y no huelen mal, aun así no me dará tiempo a gastarlas todas antes de que caduquen. Le di una a la chica que no usa gorra. No se extrañó. Su cara es del color del cuero, pero algo le hará. Se levantó la camiseta y me enseñó su barriga plana. Blanca como un muerto, pensé, y me arrepentí. Dijo algo sobre su delgadez y yo le dije que tenía tipo de modelo. Me contó que de joven había sido modelo en Londres, que algún día me enseñaría fotos. La creí.

Desde hace poco, si me acuerdo, me echo unas monedas al bolsillo por si acaso. Cuando me llamó levantando el brazo pensé en que ese día no llevaba. Me dijo que esperara y entró de un salto en su casa. Su casa es una casa abandonada a la que le hicieron agujeros en el tejado para que no pudiera ocuparla nadie. Viven tres familias. Salió al momento con dos sombreros, una pamelita blanca y un gorro de rafia violeta. Elige, me dijo. Con permiso, dijo, y

me colocó la pamelita. El ala me cubría hasta los hombros. Creo que el otro es más mi estilo, le dije. Para cuando vayas arreglada, es que arreglada cambia una, tenías que verme cuando me suelto el pelo y me pongo mis pendientes, para ir a ver a mis hijos me pongo hasta pendientes, pero para estar aparcando coches no vale la pena, la pamelita te queda muy bien, pero si prefieres el morado... Sí.

Cháchara

Esa mujer de mi edad que siempre me sostiene la puerta porque siempre llega antes que yo dice que anda de prisa pero nunca tiene prisa. Ando de prisa pero nunca tengo prisa, repite, y espera a que yo le ría la gracia, el trabalenguas o lo que ella crea que es eso tan ingenioso que acaba de decir. Gracias, me limito a responderle. Como he andado con prisas toda la vida, me habré acostumbrado y sigo haciéndolo, aunque ya no tenga ninguna prisa. Claro.

Esa mujer de mi edad de la que solo sé que es del norte, porque me lo ha dicho, y que nunca tiene frío precisamente por ser del norte, dice ella, se ha vuelto a mirarme dos veces. Supongo que esperaba de mí algo más que un simple gracias.

La puerta se cierra a mis espaldas y doy un salto. Qué mal, muy mal. Imagina que vive sola y solo quería un poco de cháchara. Imagina que tú vivieras sola y solo salieras a la calle para encontrar a alguien que te siga el cuento, alguien con quien comentar lo poco que ha llovido este otoño o cuánto tiempo llevan esas palmeras del parque sin podar.

Bajas la cuesta despacio porque de repente recuerdas que has salido a estirar las piernas, has salido de casa únicamente porque la luz del cambio de estación te hace sentir más sola, no vas a ningún sitio, solo caminas por la acera para que el sol te dé en la cara.

Al doblar la esquina, una mujer con el pelo demasiado negro para su edad y un cigarrillo encendido en la mano izquierda le pregunta si esa calle lleva al parque. Ahí detrás está el zoo, también hay unos altares con santos y flores donde la gente reza, es muy curioso, pudiendo rezar en sus casas, que vengan hasta aquí a rezar de pie frente a unos santos de plástico, ¿no?, cualquier día atropellan a alguien, porque los coches no tienen mucho espacio para dar la curva. Perdona, tengo prisa, dice la mujer del cigarrillo mirando al hombre en zapatillas que la acompaña, y a quien tiene sujeto por el brazo con la mano libre. Si me dice dónde queda el parque, se lo agradezco. A la derecha, justo ahí, al lado del zoo. Gracias.

Sinestesia

Se despertó al borde de la cama, de lado y encogida. Ningún ruido. Era absurdo pensar que no estaba en casa. Cerró los ojos y aprovechó para imaginar que estaba en una habitación de hotel. En las habitaciones de hotel se detiene el tiempo. Si tienen moqueta, mejor. La moqueta es tierra de nadie. No le gustan los hoteles, le gustan las habitaciones de hotel. Hay una gran diferencia. Era verdad que por mucho interés que tuviera en visitar algún museo, en pasear por una ciudad nueva, siempre le apetecía más quedarse en la habitación observando la disposición de los muebles, la luz de los apliques sobre aquellas cosas ajenas. No necesitaba siquiera mirar por la ventana. Lo mejor de una habitación de hotel es que nada es tuyo. Además, cuando se está en una habitación de hotel el mundo sigue sin mí, se dijo, y se encogió aún más. Desaparecer para siempre sin hacer daño a nadie. Enviar una vez cada dos meses una postal que diga Estoy bien.

Se levantó y buscó en un cajón del armario sus zapatillas de viaje. Se las puso. Junto a las zapatillas el neceser, un jabón diminuto, un cepillo de dientes plegable y un gorro de ducha que a saber de dónde había venido. Se lo puso, cerró los ojos y al notar el agua sobre el plástico Enfermedad. Cerró el mando. Volvió a abrirlo Niños enfermos. Se quitó el gorro y dejó que el agua le mojara el pelo. Cuando entró en la cocina con la cabeza todavía envuelta en una toalla, vio a su hija haciendo un sudoku.

Pensé que no estabas. He procurado no hacer ruido, estabas tan dormida. Estaba muy cansada. ¿La espalda? También. Papá se ha dignado a hablarme, me ha dicho que no vendrá a comer. No es por ti, no suele comer en casa. Ya. El timbre del microondas le produjo un pinchazo en la boca del estómago, le sobrevino una arcada. ¿Estás bien? Sí, es solo que algunos sonidos me duelen. ¿Te duelen? Me molestan, no sé, por ejemplo, si veo una naranja sobre el asfalto, es Voz muy grave, y me duele, o por ejemplo los colores agrios. ¿Los colores agrios? Me hacen salivar. No te pillo. El agua caliente sobre un gorro de ducha es: Niños enfermos. No, no te pillo. Para tu hermano el amarillo era Arañas. Es verdad, odiaba el amarillo. Odiaba a las arañas.

Existir

Cuando un niño se para en una esquina montado en su bicicleta roja, con una mano agarrada al manillar y la otra en la cintura, yo lo miro. Ese niño podría ser mi hijo.

Ese niño no está esperando a que cambie el semáforo, no quiere cruzar la calle, solo quiere ser mirado, existir en los ojos de otro. Quiere ser envidiado por su bicicleta brillante, por su juventud, por su postura de héroe a caballo.

Yo lo miro porque quiero que se cumplan sus deseos. Él, una vez seguro de que he caído en las redes de su inocente arrogancia, aparta los ojos hacia ese infinito que es la acera de enfrente, satisfecho.

Ya en la cama, pensará que ha existido por unos segundos en los ojos de una incauta desconocida. Y yo, esa misma noche, sabré que existí en los pensamientos de un niño justo antes de quedarse dormido.

Dolor

¿Cuándo pudiste olvidarte? No se olvida, nunca me olvido, pero sí pude continuar, ¿sabes cuándo?, cuando te rompiste el brazo, ¿te acuerdas? Sí, en clase de gimnasia, viniste a por mí en zapatillas con las llaves en la mano. Es verdad, no cogí ni el bolso. Mientras te escayolaban pensé en todos los dolores por los que tu hermano no tendría que pasar, no solo los dolores físicos, todos los demás dolores, ya sabes, las decepciones y todo eso, esa misma noche, cuando por fin te dormiste, vine a la cocina, hice un listado, un listado con todos los dolores de los que tu hermano se iba a librar, después lo tiré a la basura y continué viviendo, desde entonces jamás pienso en lo que no será para él, en las cosas buenas que no serán para él, quiero decir, pienso en lo que tuvo, tuvo seis años de felicidad, no le faltó de nada, ni amor ni juguetes ni columpios, siempre estaba en los columpios, ¿te acuerdas?, todos los días pienso en él, cada vez que algo me duele, o te duele, o le duele a alguien, cada vez que veo en las noticias una catástrofe o simplemente un niño llorando, pienso en todo aquello de lo que se ha librado, se ha librado de envejecer, se ha librado de verme envejecer, de ver morir a sus padres, cuando muramos. Ya, pero también se ha quedado sin las cosas buenas, siempre hay cosas buenas. Sí, ¿pero crees que compensan?, quiero decir, aunque no nos pasara nada malo a nosotros ni a las personas que queremos, siguen pasando cosas horribles por ahí, y tu hermano era un niño muy sensible, habría sufrido mucho. Ya, pero si de verdad nos doliera todo tanto, si no pudiéramos con el dolor, ¿no crees que más de la mitad de la humanidad ya se habría suicidado? Mira, si estás aquí, ya estás aquí, y siempre hay cosas buenas, y te aseguro que yo soy la primera en disfrutarlas, pero creo que siempre es mejor no haber nacido, y morir con seis años ¿no crees que se parece un poco a no haber nacido?, ¿no crees que deberíamos morir todos a los seis años? Pero mamá, si todos muriéramos a los seis años no habría tiempo para tener hijos y la humanidad desaparecería. ¿Y eso no te parece maravilloso?

Plastilina

Todo se olvida. Hasta esas imágenes que creemos fijadas para siempre en uno de los pliegues del cerebro se olvidan. Se distorsionan, se vuelven algo blando y maleable. Gris.

Entré en el cuarto y mi hermano estaba azul, tirado en el suelo, inmóvil. Mentira. Siempre se ha dicho que los ahogados son azules, pero quizá estaba rojo o morado, o de su color natural. No sé cómo estaba, no sé si le vi la cara, no estoy siquiera segura de que estuviera en el suelo o sobre la mesa, con la cara hundida entre lápices de colores. Pero si me preguntaran diría que estaba azul, que habíamos hecho bolas de plastilina toda la mañana. Haremos un montón de planetas, había dicho él, no solo nueve, más. Mi hermano se sabía los nombres de todos los planetas y de algunos satélites. Usé un bloque de plastilina naranja para el sol. Él dijo que el sol era una estrella amarilla. Era muy inteligente, no comprendo por qué se metió el planeta más grande en la boca. Era muy inteligente, pero era un niño de seis años. Creo que fui a la cocina a beber agua, o quizá al cuarto de baño, no lo sé. Solo sé que cuando volví estaba muerto.

Mamá lo golpeó en la espalda, le metió los dedos, lo puso cabeza abajo. Mamá, sin soltarlo, llamando por teléfono a una ambulancia. No recuerdo a mi padre, ni cuándo llegó a casa, ni cómo fueron los días siguientes. Solo recuerdo la mañana en la que apareció, en pijama, en la cocina. Su mirada sobre mí. Todo su odio sobre mí.

Seguramente al principio lo recordaba todo. Mamá me contó que tuve muchas pesadillas, que no quería dormir sola. Después los recuerdos perdieron color, se fueron mezclando como plastilina usada. Al final todo es gris. Y sobre ese gris construyes nuevos recuerdos.

No estoy segura de qué hizo mamá, quizá reproduzco lo que yo hubiese hecho ahora, en su situación. Los recuerdos son mentiras que modelamos para soportar la vida. Solo la muerte es real.

Color carne

Es el cumpleaños de su madre y quiere regalarle algo práctico. Echa un ojo a los sujetadores. Cada vez hay menos modelos sin aros y cada vez son más feos. Su madre no soporta los aros. Si al menos hubiera algún modelo en negro, pero todos son color carne. Color *nude*, dice una chica a sus espaldas, como si pudiera leerle el pensamiento. ¿Por qué son tan feos? La chica sonrío estirando los labios con desgana y se vuelve para atender a una señora que ha elegido un conjunto rojo.

Ojea camisones. Mientras pasa las perchas cae en la cuenta de que no sabe cuántos años cumple su madre, ni tiene la menor idea de si duerme vestida o desnuda. Vestida, decide. Duerme vestida con una camiseta desechada por papá, una camiseta gastada a fuerza de lavados, seguro. ¿Qué habrá sido de aquel camisón blanco?, y, sobre todo, ¿qué habrá sido de la ilusión de querer ponerse algo bonito? Era un camisón de raso con tirantes y encaje, parecía un vestido de noche. Una vez se lo pidió prestado. Después de estar jugando a princesas toda la tarde se tumbó en la cama a dibujar. Su padre acababa de llegar del trabajo y asomó la cabeza para decir hola, pero dijo ¿qué haces así? Dibujar.

Oyó que discutían en la cocina y se acercó descalza. Solo te digo que no deberías dejar que tu hija anduviera por ahí medio desnuda. ¿Por ahí?, ¿medio desnuda? Sí, con ese camisón tuyo. Es una niña. Es una niña medio desnuda con un camisón de mujer. Se volvió de puntillas al dormitorio, se miró al espejo, ni siquiera se le transparentaban los pechos, si es que a aquello se le podía llamar pechos, sus insignificantes pezones eran del mismo color que el resto del cuerpo.

No habían mejorado mucho, la verdad, por eso siempre elegía sujetadores con aros y relleno.

Disculpa, y de esos sujetadores sin aro, color... *nude*, ¿tendrías alguno en la noventa y cinco? La chica le echa un vistazo y sonrío, ahora sí, con sorna. No, no, no es para mí, es para mi madre.

Deseos

Le duele tanto la espalda, tiene tantas ganas de quitarse los zapatos y darse una ducha que no espera a llegar a casa para desabrocharse el sujetador. Le da igual si hay alguien esperando el ascensor cuando se abran las puertas.

Deja las llaves en el cuenco y se quita un zapato con otro, los deja a la entrada de la cocina. La casa en penumbra, qué silencio, qué soledad tan agradable. Tanto que se queda quieta con los brazos caídos, cierra los ojos y respira profundamente. Ojalá se pudiera respirar la luz, la oscuridad, ojalá se pudiera respirar el silencio.

¡Sorpresa! Casi se cae del susto. Su hija le acerca a la cara una tarta con velas encendidas. Un paso atrás, distingue a su hermana. La tía y yo llevamos toda la tarde esperando, papá no ha llegado, pero da lo mismo. ¡Feliz cumpleaños!

Cantan mal, intentan hacerlo a dos voces. Venga, mamá, pide un deseo. Ella cierra los ojos y respira profundamente. Ojalá estuviera lejos, lo más lejos posible de aquí, para no volver a saber nada, nunca más, de esta familia. Sopla. Bieeen, dicen como si tuvieran cinco años.

Deja el bolso sobre la mesa de la cocina y vuelve a calzarse mientras su hija corta la tarta. Le tienden un trozo donde la palabra «Feliz», escrita con chocolate, está decapitada.

Tía

No muy alta. Ni soñadora ni pragmática. Convencional. Tiene gesto permanente de asombro, las cejas muy depiladas, las uñas de los pies y las manos pintadas a juego en tono nacarado. Fue ella quien se empeñó en bautizar a los niños, sus sobrinos. Le gusta que la llamen Madrina. Sin hijos.

Laberintos

Su madrina le había regalado por su décimo cumpleaños un colgante de plata. La inicial de su nombre. Se habían puesto de moda entre las adolescentes. Al año, y en vista de la buena acogida, le regaló otro con su signo del zodiaco. Gracias, había dicho sin entusiasmo y sin sacarlo de la caja.

¿A qué esperas?, esa letra está muy vista, quítatela y ponte el colgante nuevo. Todo el mundo conoce tu nombre, pero a partir de ahora sabrán cómo eres solo con mirarte al cuello. Ese colgante encierra todo lo que eres, todos los datos sobre tu personalidad están ahí, ¿no te parece increíble?, había dicho su tía. La niña miró a su madre, que sonreía como si su rostro estuviese congelado. Cambió un colgante por otro y volvió a decir gracias.

Mamá, ¿tú crees en los horóscopos?, ¿todos los que hemos nacido en octubre somos iguales?, ¿crees que tú y yo nos parecemos? Por toda respuesta su madre le había dicho No le hagas un feo a tu tía. Si fuera piscis o acuario, mamá, pero llevar un escorpión en el cuello..., ¿tú lo llevarías, mamá?

Aún recuerda el desasosiego que le produjo sentir aquel bicho frío en el escote. Por la noche se lo quitaba con cuidado, lo guardaba en su caja, la caja la cerraba con una gomilla a la que daba dos vueltas y después la colocaba bajo la almohada. Con el peso de mi cabeza no podrá escapar, pensaba. Imaginar que aquel animal repugnante podía cobrar vida y pasearse por la habitación mientras ella dormía la aterraba. Muchas veces había despertado bañada en sudor al soñar que el escorpión salía de la caja, atravesaba la almohada y se le metía en el oído. Había estudiado que en el oído había un laberinto, así que si el bicho entraba jamás podría salir.

Mamá, ¿te acuerdas de que hace mil años te di los colgantes que me regaló la tía? No, pero si quieres los busco. Solo la letra.

Mientras su madre sacaba de un joyero pendientes sin pareja y broches rotos, su hija le explicó que no la quería para ponérsela. Al comprar una crema hidratante le habían regalado un neceser de viaje, el tirador de la cremallera era una tira de plástico blanco. Feísima, había dicho con cara de

asco. Así que había pensado cambiar el plástico por la letra de plata para darle un poco de clase.

¿Clase?, ¿a un neceser de propaganda? Tenía que reconocer que su hija era muy infantil. Aunque nunca podría odiarla. Nadie puede odiar a una hija. Excepto él. ¿Quién era más infantil ahora? Desde que había muerto el niño ella se había volcado con la niña solo por tener la mente ocupada, las manos ocupadas, solo para seguir teniendo la esperanza ocupada. Él entró en un laberinto de dolor y odio. Renunció a todo. Primero a su hija, después a ella.

Hoy es el cumpleaños de tu hija, le había dicho esa misma mañana cuando él se iba a trabajar. ¿Estás ahí? Había abierto la puerta, él ya estaba en el rellano, a oscuras, esperando el ascensor. ¿Me has oído?, hoy es el cumpleaños de tu hija. Te he oído, no me esperéis para almorzar.

¿No la encuentras? ¿El qué? La letra, mamá.

Naturaleza muerta

Papá, ¿estás bien?, dijo en voz muy baja. Él no contestó. No había pegado ojo en toda la noche por culpa de un catarro. Se puso el pantalón del pijama, una camiseta y el anorak. Antes de salir a la terraza se remeti6 el bajo del pijama en los calcetines. Vio su reflejo en el cristal.

Las plantas siempre habían sido cosa de los hombres de la casa, de su padre, de su hermano. Había más de treinta macetas, pero prefirió no usar la manguera. Ese año no había llovido demasiado y además haría ruido. Sacó dos garrafas de cinco litros de debajo de la pila y se metió los tapones en el bolsillo derecho. Al cabo de varios paseos pensó que las plantas no le gustaban. Sí le gustaban los árboles, pero los árboles no los regaba nadie. Aun así, las regaría todas. Incluso la mata seca de tomates. El agua cayó con demasiada fuerza, le salpicó los pies de tierra húmeda y mojó los calcetines.

La terraza se llenó de charcos. La luz del vecino los hacía brillar. Se sintió satisfecha y orgullosa. Imaginó también su satisfacción, la de su padre.

Estaba rellenando una garrafa cuando él se asomó y dijo ¿No has visto que la tierra estaba húmeda?, las regué ayer, las vas a ahogar.

Memoria

Lleva viviendo un año en casa. Su presencia no hace más que recordarle la ausencia de su hijo. No es que lo hubiese olvidado, pero ahora su ausencia es más grande.

Su hija entra en la cocina con las manos a la espalda. Le muestra los puños. Elige, dice. Lo que me faltaba. Elige, insiste. Esa, dice sin ganas. Su hija extiende la mano, en su palma una piedra gris muy brillante. Me ha dicho mamá que a veces se te olvidan las llaves, es un regalo por dejarme vivir aquí, mira, tienes que meterla en agua con sal toda la noche y dejarla a la luz de la luna llena para que se cargue de energía, después nadie podrá tocarla, salvo tú, si alguien la toca perderá sus poderes.

No puede ser. Su hija asegura que esa piedra le devolverá la memoria y que debe meterla en sal.

No sé qué decir. Pues di gracias.

Entre paréntesis

Los trenes están bien. Vayas o vuelvas. Los trenes son tiempo entre paréntesis, tiempo para uno mismo. ¿Qué se puede hacer en un tren más que ganarle tiempo al tiempo? Observar a los viajeros, mirar el paisaje o cerrar los ojos. Y da igual que el trayecto dure cuatro horas o cuarenta minutos. Es tiempo para uno mismo. Pero si empieza a dolerte una muela, los trenes dan pena.

De repente quisiera estar en casa, cualquier casa. Se toca el borde de la muela con la punta de la lengua y lo encuentra demasiado puntiagudo. Coloca el pulgar bajo la mandíbula y baja la cabeza. Un ganglio inflamado, uno de esos pequeños dolores que molestan, pero uno sigue insistiendo en tocar. ¿Por qué a veces nos inclinamos hacia el dolor? ¿Por qué algunas personas dicen que prefieren sentir dolor a no sentir nada? Ella preferiría no sentir la mayor parte de las veces. Como ahora. El dolor de ver a su padre envejecer día a día, el dolor de dejarlo con su hermana en una habitación ajena y aséptica. El dolor de ese ganglio bajo una muela que, sabe, acabará perdiendo.

Su padre perdió también eso que llaman La batalla contra la enfermedad. Ella no lo llamaría así, la batalla. No hay batalla, hay camino hacia la muerte desde el día en que nos engendran. Eso hay. Por eso asiente cuando su hija le pregunta si es normal que no quiera tener hijos, asiente cuando le insiste Tú me comprendes, ¿verdad, mamá? No debe de ser fácil hacer que los demás comprendan. A decir verdad, lo que ella no entenderá jamás es que se sigan trayendo hijos al mundo, ¿para qué?, la especie humana está más que a salvo.

Ella no se lo pensó, tuvo hijos porque sí. Es normal tener hijos, es bonito tener hijos. No cree que los que tienen hijos lo hagan pensando en perpetuar la especie, más bien debe de tratarse de esa vanagloria de perpetuar sus genes, verlos ahí, en facciones y gestos, esperar una versión mejorada de ellos mismos. Nadie piensa en que un hijo morirá algún día. Nadie piensa en la muerte mientras lo engendra, mientras lo ve crecer. Ni siquiera cuando lo ve muerto. Un hijo muerto no se va nunca, sigue ahí, ese dolor, el dolor de volver a ese recuerdo una y otra vez.

Y el ganglio también sigue ahí, desconsolándola con un eco de Duelo luego existo. Está demasiado cansada, no le apetece observar a los demás viajeros. La oscuridad no deja ver el mar, solo luces de algunas urbanizaciones como constelaciones al alcance de la mano.

Padre

Viudo a cargo de dos hijas. Ahora, horizontal, casi sin vida. Ya nadie recuerda si fue alto y fuerte. Nunca tuvo miedo a la muerte, solo a la vejez. Ha superado los noventa. Desea que algún dios exista. El suyo. Pero desearía estar seguro de que existe antes de morir.

Tren de lejanías

Esa chica del asiento del fondo gesticula mientras lee. Levanta las cejas, sonrío, ahoga incluso una carcajada. Después aprieta los labios, los ojos le brillan y cierra el libro manteniendo el dedo índice de la mano izquierda entre las páginas. Con el dedo corazón de la otra mano se toca el entrecejo dibujando una espiral y mira por la ventana. Todo lo hace con un disimulo natural, más por no incomodar a los que están sentados a su lado que por vergüenza. Lee muy rápido, como si quisiera terminar el libro antes de llegar a su destino. Dobla algunas esquinas, supone ella que para releer en casa algunas frases.

Ella no lleva ningún libro en el bolso. Suele llevar. A veces solo lo saca como parapeto, para que nadie le hable. Con los auriculares hace lo mismo, en el tren o en unos grandes almacenes, se los coloca sin poner música. Así evita que las dependientas le ofrezcan perfumes.

Las estaciones se suceden, también el libro está llegando a su final. La chica a veces levanta la vista, mira el nombre de la parada y repasa cuántas páginas le quedan. Quedan menos de diez minutos para llegar cuando nota un gesto de decepción y satisfacción a la vez en su cara. Ha terminado. Sonríe mirando por la ventanilla. Aprieta el libro contra sus rodillas y sonrío.

El tren de cercanías se detiene sobre un río, entre dos paradas. Se oye un murmullo. Los pasajeros se miran y después comentan en voz baja. Ahora es ella quien ahoga la risa cuando los ve hablar entre ellos por primera vez, cuando llevan casi tres cuartos de hora sentados unos junto a los otros evitando rozarse siquiera con la mirada. Una voz más alta que las otras dice algo sobre las últimas inundaciones. El murmullo se hace más elocuente. Otra voz dice Hay un muerto en el río. Las voces se hacen más agudas, y los cuerpos, que antes no se tocaban, ahora se empujan por ser los primeros en asomarse.

Ella vuelve la cabeza por inercia. Le da igual lo que esté pasando ahí abajo, le da igual si hay un muerto o doscientos muertos. No ha dormido en toda la noche y le da exactamente igual cualquier cosa que pase en cualquier

río. Pero de repente se acuerda de esa chica y la mira. También ha girado la cabeza hacia el río, no ha dejado de mirarlo ni por un segundo, pero es la única que sonrío. No ha dejado de sonreír en todo momento. A su lado, un cúmulo de gente mira por la ventana. Algunos, decepcionados, dicen Es solo un perro. Otros dicen Animalito. Una señora dice Gracias a Dios, y se santigua. Todos tienen cara de asco o pena o desilusión. Menos esa chica que sonrío.

Reconciliación

Nunca sabe si ceder el asiento a los hombres. A los hombres que son mayores que ella. No sabe si se sentirán ofendidos. Algunas veces miente, se levanta y miente. Dice No se preocupe, me bajo en la próxima, y camina insegura hasta el fondo del autobús.

Los autobuses. A él nunca le han gustado, siempre prefiere tomar un taxi o sacar el coche para cualquier cosa. ¡Los autobuses son microuniversos, sopas primigenias de donde sale todo!, diría blandiendo el índice. En una sola vuelta del Circular da tiempo a que dos hombres se saluden con respeto, discutan porque uno ha abierto la ventanilla y el otro le reproche que así se desperdicia el aire acondicionado, a que una señora cargada con las bolsas del mercado se entrometa y diga a media voz Haya paz caballeros, haya paz, que es la hora de comer. Da tiempo a que los hombres descubran que son del mismo equipo, se den la mano, el que pretendía abrir ahora quiera cerrar a toda costa, y el que hablaba de desperdicios le diga que no se apure, que si tiene fatiga abra cuanto quiera, faltaría más. No se volverán a ver, pero llegarán a casa con más aire en los pulmones.

Ella se sienta al fondo y cierra los ojos no porque esté cansada, que lo está, de haber pasado toda la noche en la butaca del hospital, sino porque los autobuses la reconcilian con el ser humano. De algún modo el mundo funciona, piensa, no hay de qué preocuparse. La señora que va al médico no sabe cuál es su parada, pero sabe que alguien le indicará dónde debe bajarse. El chico en silla de ruedas sabe que alguien tendrá que llevarle su bonobús a la máquina y alcanzarle el cinturón de seguridad. Todos y cada uno cuentan con que alguien haga algo por ellos, ni siquiera salieron preocupados de su casa porque saben, de un modo primigenio, que alguien les ayudará.

Oiga, señora, dice una voz. Ella abre los ojos y sonríe. Disculpe, pensaba que se había quedado dormida y podía pasarse su parada, disculpe.

Lejos

Cada vez que va a ver a su padre al hospital, y le agarra la mano, quiere que se muera. No es que tenga prisa, ni siquiera lo desea, en realidad desearía que no muriera nunca. Simplemente quiere que muera a su lado, que estén solos en ese preciso instante, que nadie corra ni grite por el pasillo pidiendo ayuda, que no lleguen las enfermeras haciendo sonar sus zuecos de goma dura, que nadie le ponga más tubos ni cables ni le dé golpes en el pecho. Que el último segundo de su vida no sea un ajeteo inútil de voces ajenas y manos ajenas tocando su cuerpo.

En eso piensa mientras le agarra la mano. Su padre la mira. Soy yo, papá, estoy aquí, le dice.

Mientras su hermana está en la peluquería ella sostiene la mano de su padre y desea que muera en ese mismo instante. Primero cambiaría el ritmo de la respiración, después sus ojos quedarían fijos, una leve exhalación o un leve pinchazo en el pecho. Solo eso, nada de gritos y carreras. Ya vivió gritos y carreras cuando murió su madre. Su hermana corrió al teléfono, la carrera de la ambulancia saltándose los semáforos, la sirena despertando a los vecinos, las voces de los enfermeros diciendo Salgan de aquí, el ruido de la camilla tropezando con los quicios de las puertas. Finalmente el ruido de los huesos del médico suplente, crujéndose los nudillos, diciendo Hemos hecho todo lo posible.

Nadie debería morir así, entre gritos y carreras, entre desconocidos que huelen a nada.

Aquella madrugada en la sala de espera decidió no casarse nunca, no tener hijos nunca. Vivir lejos de su hermana y de su padre para que, llegado el momento, no pudieran avisar a nadie y la dejaran morir en paz. Vivir sola para morir sola. Nadie sostendrá mi mano, pensaba, pero tampoco nadie me golpeará el pecho. Eso pensó entonces. Después se casó y tuvo hijos.

Su hermana entra en la habitación y deja el bolso sobre la cama. ¿Qué tal? Bien, igual, has vuelto pronto. Sí, no soporto la idea de que muera mientras

estoy fuera, me sentiría culpable el resto de mi vida, imagínate que de repente empeora, ¿quién llamaría a las enfermeras mientras tú tratas de reanimarlo?

Lo perdido

Recuerdo la suavidad de su brazo. La carne blanda y compacta a la vez. Tocarle a ciegas y reconocer su blancura. Mis dedos sosteniendo los suyos para que no rozaran el suelo, para que la tierra no se le metiera en las uñas que después se llevaría a la boca. Mi hermana mira a cámara mostrando una ensaimada. Su gesto es de inocente vanidad. Recuerdo el olor dulce de su pelo siempre impregnado de azúcar o de nudos que la hacían llorar cuando jugaba a peinarla. El pantalón de peto de felpa celeste rozando mis brazos cuando la levantaba del suelo. Recuerdo su egoísmo infantil, sus caprichos, sus pataletas. Su aversión a que la retratasen. Por eso me gusta esa foto, la única en la que casi sonrío, casi orgullosa, sosteniendo la merienda.

Mi hermana siempre fue feliz. A pesar del miedo siempre fue feliz. Miedo a la oscuridad, a los espejos, a las tijeras abiertas, miedo a estar sola, a que alguien le dijera que estaba equivocada, miedo a sentirse culpable. Sin embargo, quien sonrío con la boca abierta en todas las fotos soy yo. Yo, que siempre busqué la oscuridad, la soledad, los errores. Yo, que quería sentir que tenía la culpa de algo para saber que de algún modo existía en las cosas, que no era invisible.

Recuerdo que ya entonces miraba una y otra vez esa foto, buscando lo perdido. Esos veranos perdidos sin miedo a ensuciarme las rodillas y el vestido blanco, sin miedo a no querer a nadie. Miraba esa foto, que guardaba entre las páginas de un libro de lectura, para asegurarme de que la quería, de que la quise al menos en ese instante de posar con la boca abierta, gritando cualquier palabra estúpida.

Ahora que sé que no la quiero sigo mirando esa foto para encontrar lo que perdimos, si es que alguna vez tuvimos algo.

Tren de cercanías

Está cansada. Las noches de hospital acaban con su espalda. Después vienen los casi cincuenta minutos de tren hasta llegar a casa. Tiene carnet de conducir, pero nunca ha querido tener coche. Coche propio. En casa hay dos, el de él y el de su hija. Tener tres coches le parece inmoral. Su hija le ha dicho mil veces que puede ir a recogerla. Desayunamos juntas, damos una vuelta y te despejas antes de encerrarte en casa, le dice siempre. Pero ella prefiere estar sola cuando está cansada. Prefiere el arrullo del vagón, aunque le remate las lumbares.

¿Puedo hacerle una encuesta? ¿Cómo dice?, responde sacándose los auriculares. Una encuesta sobre el tren de cercanías, es muy breve. La chica la mira con los ojos redondos, sin maquillar. Aún lleva el pelo mojado. Apenas tendrá diecinueve años y posiblemente sea la primera encuesta que hace.

La chica se sienta en diagonal y mira el bolígrafo como si fuese un termómetro. Treinta y cuatro grados, piensa ella. No sabe si la chica quiere demostrar de manera ostensible que ya ha hecho muchas encuestas. Es negro, dice contrariada. ¿Cómo? El boli, es negro, he perdido el capuchón y creo que es negro. Ella no comprende. No me gusta nada escribir en negro, en fin, buenos días, ¿podría decirme su edad?, ¿entre 20 y 30?, ¿entre 30 y 40?, ¿entre 40 y 50?, ¿entre 50 y 60? Entre 50 y 60. ¡Oh, qué alegría! ¿Cómo dice? El boli, ¡es azul!, en fin, ¿ha subido usted en la primera parada o a mitad de trayecto? En la primera parada. ¿Ha comprado billete de ida y vuelta, o solo de ida? Solo de vuelta. ¿Cómo solo de vuelta? Vuelvo a casa, así que no es de ida, es de vuelta. ¿Entonces pongo de ida y vuelta? Pon solo de ida. Vale.

De repente el cansancio puede con ella, el pelo de la chica empieza a ondularse en las sienes, sus ojos van tomando una vida que no le gusta demasiado, quisiera poder cerrar los ojos, los suyos, y echarse a dormir. Le duelen las articulaciones como cuando va a subir la fiebre.

Ha decidido tomar el tren de cercanías porque ¿así evita posibles atascos?, ¿evita buscar aparcamiento?, ¿no tiene vehículo propio? No sabe qué decir. Es verdad que no tiene vehículo propio, pero en su garaje hay dos coches. No

tiene ganas de explicarle que le gusta ir en tren para estar sola, para poder cerrar los ojos, para no pensar. La chica tardaría un buen rato en encontrar un lugar para marcar la cruz correspondiente, además, ¿por qué de repente siente que le da vergüenza decirle que no tiene coche propio? Suspira.

Solo quedan dos preguntas, ánimo, mujer, casi hemos terminado, dice la chica para animarla. No puede ser, la chica ha dicho ¿ánimo, mujer?, ¿qué creará que somos?, ¿amigas? La mira mover el boli entre los dedos, está nerviosa, se ve que no tiene ninguna experiencia. Qué más le dará lo que piense de ella. Pobre chica de ojos redondos y pelo rizado, que tampoco tiene coche, con su boli mordido casi sin tinta. Sonríe.

Voy en tren porque no tengo vehículo propio. La chica, antes de marcar la cruz en el impreso, la mira asombrada. ¿No tiene coche? ¡No sabe lo que se pierde!, yo acabo de comprarme uno gracias a este trabajo, ¡me han hecho un contrato de tres meses!

Sosiego

¿Quieres oír la última? Él cerró el periódico, se quitó las gafas y juntó las manos sobre la mesa. Dime. Mi padre dice que ha llegado a la conclusión de que si al morir el alma se hace una con Dios, pierde su individualidad, y que si pierde su individualidad deja de ser inmortal. Genial. ¿Genial?, dice que al menos antes tenía algo a lo que aferrarse, pero que justo ahora que va a morir no encuentra sosiego en nada. ¿Algo a lo que aferrarse?, no me niegues que es genial, todos estos años haciéndonos creer que le atormentaba esa duda y ahora resulta que le daba igual, que el concepto dios era solo un medio para que su alma fuera inmortal. Estaba tan cansada, no he podido decirle nada, nunca sé qué decirle, me paso las noches en vela en ese maldito sillón, pensando en qué podría decirle para sosegar su alma, suponiendo que siga teniéndola. Suponiendo que quiera seguir teniéndola, querrás decir. Se miraron y rieron. Míralo por el lado bueno, ya no tendrás que darle más vueltas, él solito ha zanjado el tema.

Ella dejó las llaves sobre la mesa, alargó el brazo y le apretó la muñeca unos segundos. Gracias, dijo. Él se crujió los dedos y deseó saber dar masajes. Ella deseó decirle que la abrazara, pero dijo Creo que voy a darme un baño.

Halloween

Se ve que en esta casa se acabó hace tiempo eso que llaman romanticismo. Ha estado más de diez minutos buscando una vela. Cuando estaba a punto de renunciar ha recordado que en el altillo del dormitorio de su hija hay una caja con un letrero Cosas inútiles. Allí está, una calabaza de porcelana con una vela dentro. Suficiente.

Entra con cuidado en la bañera. Ha olvidado poner música, siempre se le olvida. Ha leído mil veces que hay que encender unas velas y poner música. Casi se alegra. El grifo gotea y cada vez hace un ruido diferente. ¿Dependerá de que la superficie del agua esté en movimiento? ¿Dependerá del movimiento de la Tierra? Hunde la cabeza en el agua. Afortunadamente los vecinos no están, la resonancia del agua no le trae sus voces ni las patas de sus sillas arañando el silencio. El silencio. Si la muerte fuera esto, piensa, una bañera llena de agua caliente y conservar la consciencia, saber que uno está muerto, disfrutarlo.

Mañana compraré velas, nunca están de más. Tampoco hace falta que sean perfumadas. Pasa, dice al oír los nudillos en la puerta. Como no oía ruido pensé que te habías muerto, dice él con una leve sonrisa, y mira la calabaza iluminada. Sin cambiar el gesto la mira a ella. Sabes en qué mes estamos, ¿verdad?

Orugas

¿Orugas que se adornan con pétalos para parecer una flor y no morir devoradas por sus enemigos? Apaga la tele. Parece mentira, pero lo acaba de ver en un documental. Mientras saca un yogur del frigorífico, la posibilidad de un orden la lleva a pensar en un creador. En todo caso, no es un creador bueno, con o sin barba, con o sin cabeza de elefante, no. No es un creador, es simplemente un orden ajeno a nosotros y nada ajeno al tiempo del universo. Si el tiempo y el espacio son infinitos, una oruga ha tenido tiempo de sobra para aprender a adornarse.

Cuando vaya a ver a mi padre se lo contaré. Papá, no te lo vas a creer, ¡hay una oruga que se adorna con pétalos! Seguro que eso le hace descansar, piensa mientras chupa la tapa del yogur.

Guillotina

A la mujer de la blusa de flores y los labios demasiado rojos solo le falta un sombrero de paja para ser la caricatura perfecta de sí misma. Con la blusa remangada hasta los codos y las palmas de las manos humedeciendo el cristal del mostrador no deja de hablar sola. En realidad habla con todos, con quien quiera hacerle caso. Se queja del calor, de lo cansada que está para ir ahora a enseñar un piso que tiene en alquiler. Saca el móvil de un calcetín rosa. Nada, que no me ha llamado, y a saber a quién mete uno en su casa, dice.

Nadie se atreve a mirarla, a decirle que es cierto que la primavera ha llegado con fuerza, que alquilar un piso a un desconocido no debe de ser tarea agradable, que ese rojo no le sienta nada bien. ¡Me sobra la rebeca!, dice levantando los dos brazos.

Es posible que el hombre que corta en una guillotina, pacientemente, las segundas copias que le ha hecho a la mujer a la que le falta un sombrero de paja necesite una mirada cómplice, pero nadie se la ofrece. Cada uno distrae la vista donde puede, y se guarda la prisa y las ganas de mirar el reloj abiertamente. Esa mujer no existe, parecemos querer dejar claro todos, piensa ella dejando caer los ojos sobre una adolescente que posa en formato 15 × 20, posturas inverosímiles, en la playa, sobre unas rocas, en biquini, con pareo, mostrando hasta el límite de lo posible sus muslos lisos, sus dientes recién blanqueados. Nunca comprenderá qué buscan algunas chicas con ese tipo de fotos, ni qué demonios tienen en la cabeza sus padres. La chica no tiene más de trece años, aunque sus pechos estén gritando diecinueve.

La mujer pide un sobrecito más grande, si puede ser. Se lo dan, lo pliega en cuatro con fuerza, sin pensar que puede estar doblando las fotos. Al hombre paciente se le levantan las cejas y, ahora sí, busca un poco de comprensión, de consuelo, entre los clientes que esperan. Por supuesto, nadie se lo da.

Todo a cien

La niña china se suelta de la mano de su madre, corre hasta el paso de cebra y se vuelve para señalar con el dedo a la niña rubia. La niña rubia no es rubia, lleva peluca y un vestido de princesa. La niña rubia mira al frente, se retoca el pelo falso como si fuese suyo. Mientras cruza aún le da tiempo a recogerse la falda para mostrar unos zapatos de plástico con purpurina. Debajo de los zapatos se transparentan unos calcetines blancos muy usados. La niña china, que camina delante de ella sin darle la espalda del mismo modo que lo haría un vasallo, señala con el dedo el brillo de la purpurina. Su madre le dice en chino que no tropiece con el escalón, pero la niña tropieza y se ríe. La niña china aún señala a la niña rubia cuando su madre la empuja hacia el interior de la tienda.

La niña rubia se suelta de la mano de su abuela, admira su reflejo en el cristal del escaparate y se recoloca la peluca mientras su abuela habla con otra mujer. Las dos mujeres deciden entrar en la tienda. La madre de la niña china está detrás del mostrador. La niña china ahora es rubia y está sentada en el suelo, con el vestido de princesa todavía desabrochado, colocándose los zapatos de purpurina. La niña rubia puede ver su espalda desnuda y sus pies desnudos dentro de los zapatos. Los zapatos parecen más brillantes sin calcetines. Cuando la niña china ve a la niña rubia se coloca de pie delante de ella, la señala y se ríe.

Cangrejos

La sombra de aquel hombre, achatada por el sol, parecía un cangrejo. El hombre llevaba una bolsa en cada mano y cojeaba. Ella caminaba detrás. Pensó si no cojearía por llevar el pantalón demasiado alto, sujeto más arriba de la cintura por un cinturón apretado. El cinturón era estrecho, de mujer. Las bolsas eran del mismo supermercado del que ella acababa de salir. No iban muy cargadas, pero aquel hombre, a pesar de ser alto y fuerte, parecía transportar dos cubos de cemento. El hombre parecía extranjero. Solo un extranjero se pondría pantalones de lino color hueso para ir al supermercado, pensó. Seguramente su mujer se haya quedado poniendo la mesa, con una toalla rosa pálido liada al cuerpo, y le haya dicho *Darling*, baja a por mostaza y dos botellitas de ginebra, *please*.

Las parejas de extranjeros jubilados que ve en el supermercado siempre van vestidas en tonos pastel y siempre llevan grandes cantidades de alcohol. Del más barato. Muchas veces se ha reído sola pensando que el resto de la compra no era más que una excusa para que no los tomaran por alcohólicos. Unos caramelos de mentol, un paquete de salchichas, un par de tabletas de chocolate con pasas, un tarro tamaño familiar de sazónador de carne para barbacoa.

El hombre camina demasiado despacio, ella podría adelantarle en dos zancadas, pero le puede ese extraño placer que siente al mirar su pesado vaivén de cangrejo. Decide pararse, incluso dar tontamente un par de pasos hacia atrás, y dejar que el hombre se aleje un poco.

Cuánto le gustaría ser una extranjera, una extraña que compra cosas que parecen una excusa para salir de casa y dar un paseo. Café, orégano, pan. Dos cartones de sangría. Una extraña a la que todos sonrían al entregar el cambio, no porque sea simpática sino por su blusa de florecillas celeste semitransparente y su ridículo sombrero de paja. Porque si ella fuera una extraña vestiría como una extraña y cargaría un cesto, no dos bolsas de plástico.

Cuando el hombre gira hacia la izquierda ella se para y piensa en que si, tal vez, un tercero los hubiera seguido, habría pensado Las sombras de esos dos, achatadas por el sol, parecen dos cangrejos. ¿Qué parecerá mi sombra?, se pregunta. Solo tenía que volverse y mirar, pero no se ha vuelto.

Dos tazas

Papá, mamá no está bien. La espalda, ya. No, me parece que se ha vuelto loca. Lo dudo. ¿Sabes lo que está haciendo?, contar granos de arroz. Bueno. No, en serio, asómate a la cocina, lleva más de media hora, los vuelca sobre la mesa y los cuenta con el dedo, asómate y verás.

Tiene los auriculares puestos, canturrea mientras separa granos de arroz sobre la mesa. Cuando tiene dos montoncitos los echa en dos tazas de plástico.

¿Lo ves? Bueno, no creo que esté loca. Está contando granos de arroz, ¡por favor! No los cuenta, los separa. ¿Qué? Fíjate bien, no los cuenta, los separa, tu madre siempre se busca tareas así. Voy a hacer cosas con las manos, dice, unas veces para no pensar y otras para poder pensar, ¿nunca la has visto sacar flecos a una servilleta vieja?, ¿o deshacer un collar para ensartar las cuentas en otro orden? Claro, y eso es muy normal. Bueno, tú te pasas horas haciendo sudokus y jugando con el móvil.

Mamá, ¡mamá! ¿Eh? Mamá, ¿estás bien? Sí, ¿qué pasa? ¿Qué haces? Ah, nada, que el otro día compré arroz integral, pero pensé que para ir acostumbrándonos era mejor mezclarlo con el normal, ¿tú notaste ayer algo raro, te gustó menos? No. Claro, porque no era solo integral, estaba mezclado, el problema es que el normal se cuece antes, así que o uno queda duro o el otro pasado, en fin, que he decidido no complicarme la vida y volver a separarlos.

Su hija la mira atónita. Se sienta frente a ella, le toma la mano. Mamá, ¿de verdad estás bien? Claro, venga, ayúdame y terminamos antes, es genial, ya verás, al principio me costaba, iba con un dedo, ahora uso las dos manos a la vez, es un ejercicio de coordinación extraordinario, deberían hacerlo en todas las residencias de ancianos en vez de ponerlos a colorear monigotes. Mamá, por favor. Esta tontería demuestra que todo es entrenamiento, el truco es coger muy poquitos, así, ¿ves?, venga, ayúdame. No pienso ayudarte, tú lo has dicho, es una tontería, una locura, una pérdida de tiempo. Bueno, tú te pasas horas haciendo sudokus y jugando con el móvil.

Las cosas en su sitio

¿Qué haces? Pelar una gamba. Ya lo veo. Su hija señala la taza con la barbilla. ¿La taza?, ¿qué más da? Pues no es normal, no sé, ayer estabas separando granos de arroz y hoy estás pelando una gamba en una taza de café, no sé, normal no es, qué quieres que te diga. Quiero que no me digas nada, quiero que me dejes en paz, piensa.

Mira, me duele la espalda, me he tomado un ibuprofeno con el café, me supo a cola blanca y me voy a comer esta gamba para quitarme el sabor, ya está.

Su hija la mira sin comprender, más bien sin querer comprender, y sale de la cocina.

El mismo gesto, la misma actitud de su padre. Son iguales, iguales.

Pecados

Ayer iba por la calle pensando en la delgadez de mi padre y sus análisis de sangre, en las veces que me ha llamado egoísta, pensando en irme a vivir al campo a sembrar piedras, en dejarlos a todos atrás sin sentirme culpable. La acera se hizo más estrecha y un chico con mochila la ocupó por completo. Bajé a la calzada porque los dos no cabíamos, y oí un frenazo. Miré al conductor que casi me atropella y dije Lo siento. Él bajó la ventanilla y me respondió Usted no tiene la culpa.

Hace años que dejé de creer en ningún dios, hace años que no me confieso, pero ese hombre me absolvió de todos mis pensamientos.

Pestilencia

En el tren de cercanías se sienta a mi lado un tipo con sandalias. Le cuenta a su compañero, argentino y algo mayor que él, cómo funciona España y cómo son las ministras socialistas. Unas feministillas de cojones, dice. Él sabe arreglarlo todo, desde cómo pavimentar las calles hasta cómo controlar la inmigración, cómo debe construirse un aeropuerto y hasta cómo dirigir, sin gastar cuatro pavos, el Ministerio de Defensa.

Quiero cambiar de asiento, pero no hay ninguno libre. No encuentro el MP3 en el bolso, y lo peor es que ese tipo me ha quitado las ganas de leer. No quiero que se mezcle en mi cabeza su inmundicia con las hermosas palabras de mi libro.

Se nota que no se conocen demasiado. Busca cierta complicidad, lugares comunes. Habla de la mujer de su socio, de lo buena que está y de todo lo que le haría. Lo intenta también con la falsa intimidad que provoca contar una traumática anécdota infantil como que en su décimo cumpleaños su padre no consintió en comprar hamburguesas, se gastó un dineral en solomillos, y los niños se marcharon defraudados de la fiesta. O mostrar una debilidad, como decir que su afición a los buenos licores le viene de su abuelo, que también era alcohólico. Pero alcohólico, no un borracho cualquiera, ojo, recalca elevando el tono de voz.

Una vez ha meado sus palabras en todas las esquinas del vagón, saca un mechero y unas pastillitas de menta. Le ofrece a su compañero que, prudentemente, ha estado callado durante todo el viaje, quizá porque ha visto mi cara sospechosamente imperturbable reflejada en el cristal.

Lo miro de abajo arriba, echo de nuevo un vistazo a sus sandalias, a su pulserita para el equilibrio y después lo miro a la cara, abiertamente. Aún lo creo capaz de ofrecerme una pastillita de menta. Lo miro y me río, pensando que si avanzara cortésmente su mano hacia mí, si llegara a hacer el más mínimo gesto, le diría muy despacio que no, gracias, que a mí no me apesta la boca.

Herencia

¿Estamos? Sí. Antes de terminar de echar la llave vuelve a abrir la puerta, se saca el anillo y lo deja en la fuente negra que hay justo a la entrada, donde también suele dejar las llaves. Mientras su hija mantiene abierta la puerta del ascensor balanceando el bolso delante de los sensores, ella vuelve a echar la llave. Ya.

¿Qué? Nada, me hace gracia, eres la única persona que conozco que se quita las joyas para salir. ¿Las joyas?, solo es un anillo. Da igual, es un anillo bueno, ¿no?, te lo pones para estar en casa y te lo quitas para salir, ¿es por si te lo roban?

Ella se mira la mano desnuda, su mano, las venas marcadas, las uñas cortas.

Era de tu abuela. Me lo dio a escondidas, no quería que tu tía se enterara, cuando me lo dio supe que sabía que iba a morir, decía que las cosas había que regalarlas en vida para ver cómo otros las disfrutaban, no soy de joyas, tú lo sabes, y yo era muy joven, si me hubiera puesto un anillo habría sido de plástico, además, si me lo ponía, cada vez que me miraba la mano veía la suya, su mano alisándome el pelo, su mano saludando al entrar o salir del colegio, su mano en mi frente para ver si tenía fiebre, no recuerdo un solo día en el que no llevara ese anillo puesto, pensé que cuando ella muriera no podría volver a usarlo, veía su mano, no la mía, pensé que no podría soportar ese dolor, así que empecé a ponérmelo en casa mientras estudiaba o mientras veía la tele para acostumbrarme a verme con él, para olvidar su mano con él, para hacerlo mío, lo llevaba en el bolso y me lo ponía cuando iba a verla al hospital.

No tenía ni idea. Ya. ¿Y te acostumbraste? No. ¿Sigues viendo su mano cuando te miras con el anillo? Ella estira los dedos, se mira el dorso desnudo de la mano derecha. Las venas marcadas, las uñas cortas, y sonrío. Ahora veo su mano con anillo y sin anillo, afortunadamente.

Fe

Padre, confieso que gasto mucha agua. Hija mía, en estos tiempos ese es un pecado mortal. Padre, no me llame hija, ¿no se da cuenta de que estoy enamorada de usted? Hija mía. Oh, padre.

¿Te has fijado en la cara de esos ángeles? No, estaba mirando al cura, es guapísimo. Su madre miró hacia el confesionario y aguantó la risa. Tengo que hacer algo con mis pechos. ¿Te has acordado al mirar al cura? Rieron. Su hija cree que debe operarse. Ella recuerda la primera vez que notó que la carne se le había vuelto blanda. Se miraba un lunar en el brazo, tomó un pellizco de piel y allí estaba, separándose con facilidad del músculo. Se pellizcó todo el cuerpo. Solo conservaba los gemelos duros. Ahora ni eso.

Los ángeles tienen cara de demonios. Le recuerdan a un dios que vio en un documental. Unos niños habían construido una figura de barro. Cada día le llevaban ofrendas para que no los castigara. Así funciona el ser humano, necesitamos crear a quien temer, alguien a quien culpar de cada desgracia.

Mamá, ¿tú crees en Dios? Sabes que no. Pensé que habíamos entrado para pedir por el abuelo, ya sabes, hay personas que en momentos difíciles se agarran a lo que sea. Tu abuelo tiene más de noventa años, ¿qué más podría pedir? Que no sufra.

Estaban sentadas en uno de los últimos bancos, muy cerca de las velas falsas. Solo parpadeaban dos. Una beata pasaba un paño por el hule transparente que cubría el altar. Qué práctico todo, y qué feo. ¿Entonces por qué hemos entrado? Porque solo a tu madre se le ocurre ponerse zapatos de ante un día de lluvia.

Mamá. ¿Qué? ¿Te imaginas qué suerte si fuésemos creyentes?

Clavos

Mira, ¡un clavo! Pero no lo cojas, mamá, qué asco. Ella se agacha, lo seca contra la falda y lo guarda en el bolso. Nada, ni caso, mamá, puede haberse meado un gato, ¿tú sabes la de virus que acabas de meter en el bolso? Bacterias. ¿Qué? Que, en todo caso, serían bacterias. Me da igual, qué asco, en serio.

Siguen caminando. Se acuerda de su madre. Su madre siempre cogía los clavos que se iba encontrando por la calle. Y encontraba muchos, parecía que tuviera un imán. Una vez le preguntó por qué lo hacía. Me gustan, son bonitos, había dicho. Nunca llegó a preguntarle que, si tanto le gustaban, por qué no compraba un puñado de clavos nuevos para tenerlos siempre a mano. Supone que encontrar algo bonito en el suelo tiene algo especial, o creemos que lo tiene. A ella le dan igual los clavos, no los ve bonitos o feos. Sabe que al llegar a casa lo echará en el cajón de las herramientas o en cualquier cenicero, y no volverá a acordarse de él. De todos modos, si alguna vez ve alguno, lo coge.

¿Sabías que tu abuela siempre cogía los clavos que se encontraba en la calle? Si me estás queriendo decir que yo también acabaré recogiendo clavos, vas lista. No, no creo que tú recojas nada, has salido a tu tía. ¡Afortunadamente!

Papel higiénico

Él no está seguro de si es guapa o solo joven. La observa detenidamente desde la cama mientras, desnuda, busca algo en el bolso. Sin mirarlo, y sin dejar de hablar, saca un tubo de caramelos y se lo vacía en la boca. No quedan más, dice con un gesto infantil. Muy joven, piensa. La chica sigue contando mientras mastica cosas sobre su hermano, sobre la novia de su hermano. Gasta muchísimo papel higiénico. A su hermano, dice, le gustaría tener un agujero en la pared del baño para saber qué hace con él. Porque, ¿cuánto papel se suele gastar al mes? Él no lo sabe. Ni le importa.

Después del sudor, las confidencias para que el sexo parezca amor, piensa. Y no es que tenga prisa, pero no soporta que le cuente cosas de nadie, cosas íntimas de la novia de su hermano, a la que jamás conocerá. No soporta pensar que algún día, por casualidad, coincida con esa chica y al estrechar su mano piense: gastas mucho papel higiénico. Piensa en su mujer. Sabe que podría perdonarle todas sus infidelidades, pero jamás perdonaría que él contase a ninguna chica, por joven que fuera, cualquier intimidad. Intimidades inocentes, como si chupa el interior de la tapa del yogur o en qué postura se corta las uñas de los pies.

¿En qué piensas? En mi mujer, responde él. La chica dice que debería tomar una decisión, no quiere presionarlo, pero debería tomar una decisión, no por ella, por él. Solo por ti, recalca, y lo besa en la boca.

Piensa en no volver a verla. A la chica. Piensa en la chica contándoles a sus amigas que él se suena tres veces la nariz después de ducharse. Se suena tres veces, ni una más ni una menos. No voy a volver a verla.

La chica sale del baño sin tirar de la cisterna. Se ha puesto unas bragas de algodón turquesa con un vivo blanco. Eso podría decir de ella: es la única mujer que conozco que no tira jamás de la cisterna, es la única mujer que conozco que, aunque se pase toda la tarde desnuda, antes de meterse en la cama se vuelve a poner las bragas solo para no perderse el placer de que yo se las quite. ¿Qué?, pregunta ella jugando con el tubo de caramelos vacío. Nada, que eres muy guapa. Muy muy guapa.

Quitapelusas

Nada más dejar las llaves sobre el mueble le dijo que esa postura no le iba bien. ¿Te molesta el ruido?, respondió ella. Solo digo que te va a doler la espalda. A él no solo no le molestaba, sino que el zumbido del quitapelusas lo adormecía, lo arrullaba. Ella se estiró y se puso una mano sobre los riñones. Llevaba un rato encorvada sobre la mesa.

Es mi jersey favorito. Cómprate uno igual, interrumpió él. No me cuesta tanto, me gusta este jersey, está prácticamente nuevo, solo son estas dichas bolitas de las mangas y el costado, creo que se forman por culpa del roce del bolso.

Él siempre le decía que comprara cosas nuevas, ya fuera una sartén o unas bragas. Muchas veces había encontrado en la basura el tenedor que usaba para batir huevos porque tenía los dientes gastados en diagonal. Tal vez él pensaba que le hacía un favor, tal vez solo sentía aprensión por lo viejo. Ella, sin embargo, apreciaba el paso del tiempo en las cosas. Camisones dóciles por los sucesivos lavados, el cristal casi opaco de un vaso.

Este jersey huele a mí, aunque lo lave, otro igual no sería lo mismo, este tiene la forma de mi cuerpo. Él no dijo nada.

Apagó el quitapelusas, lo vació en un cenicero y le sacó la pila. Se colocó el jersey delante, dejándolo caer desde los hombros. ¿Lo ves?, como nuevo. Él la miró y pensó que aquel color la rejuvenecía. También pensó en la chica con la que había pasado la tarde. El parecido era asombroso. Era igual a ella con treinta años menos. Sí, dijo él, pero no deja de ser un jersey viejo.

Compañía

Ella entró en la cocina a dejar un vaso. Él estaba con los ojos cerrados, el periódico sobre las piernas, el sol le daba en la cara. Ella estaba a punto de volver sobre sus pasos cuando él se levantó. Recomendado, dijo. Sin soltar el vaso vacío se sentó en la silla que él había dejado libre. Recomendado, repitió él, señalando una banqueta. Ella subió y estiró las piernas. Me saldrán manchas en la cara, dijo, pero él ya no estaba. Se levantó y dejó el vaso en el fregadero. El árbol estaba lleno de pájaros, ni una sola hoja. Hojas negras, pensó. Hojas vivas. Piaban todos a la vez.

Él la vio con la frente pegada al cristal. Pensaba en la forma de la huella que dejaría cuando ella se volvió despacio. Los pájaros, dijo. Él se acercó con cautela, como si tuviera miedo de espantarlos, como si creyera que los pájaros estaban pendientes de ellos. Parece más vivo que nunca.

El escape de una moto los hizo callar, y una milésima de segundo después desaparecieron, juntos, callados, formando una nube apretada y negra. Ningún sonido, ninguna hoja en las ramas, ningún atisbo de vida. Solo el sol, el sol en sus caras y una marca en el cristal. El silencio y el sol. ¿Será esto la compañía?, una compañía negra y viva, pensó ella, y cerró los ojos, todavía los pájaros en sus ojos, todos esos pájaros. Se volvió para marcharse. Él la sostuvo de los hombros. Espera un poco, dijo, solo un poco más.

Amor

Ella quería dedicarse a ilustrar cuentos para niños y era ecologista, él quería ser arquitecto. Él dijo Si los árboles pudieran decidir, preferirían ser un libro tuyo. Ella dijo Lo que te da un árbol no te lo da un hombre.

Tenían veinte años.

Tiempo

Estaban en la cocina. Él terminando de leer el periódico. Ella agachada, mirando la lavadora. Llena. Se asomó a la ventana, el cielo gris.

¿Crees que lloverá? Ni idea, ¿qué ha dicho el hombre del tiempo? Me da igual lo que haya dicho, al hombre del tiempo no lo conozco de nada, tú, sin embargo, no me has mentido nunca.

Acababan de casarse.

Botiquín

No estamos tan mal, piensa mirando la mesa ovalada que hay junto al sofá. El mando de la tele, una funda de gafas y un cuenco de madera con unos pendientes de su hija, dos caramelos sin azúcar y una llave. Ningún medicamento. Piensa en la casa de sus padres, nada discretos. Sobre la mesa siempre había un termómetro en una bandeja rectangular. También recuerda una caja cuadrada de corcho blanco, quizá el envase de un helado, llena de medicinas. Un pequeño botiquín siempre a mano para un repentino dolor de cabeza, una mala digestión, gotas para los ojos y pastillas sueltas que nadie recordaba para qué servían.

Para cualquier dolor siempre es bueno pasear. Cuando nota que un dolor de cabeza comienza a apretarle las sienes, sale a dar una vuelta. ¿No es mejor levantarse e ir hasta el botiquín dando un rodeo por varias calles, solo por comprobar si se te pasa? Mis padres estiraban el brazo, nunca las piernas. Tampoco recuerda a su hermana paseando.

Ser gato

Desde luego jamás en toda mi vida, con todos los años que tengo, había visto a ningún gato parado bajo la lluvia. Dicen que los gatos detestan el agua, no lo sé. Siempre hay alguno en el descampado, ya sea tomando el sol sobre ese colchón mugriento o jugando a cazar su propio rabo. Me gusta mirarlos cuando suben de un salto limpio a la tapia, verlos atravesar la espiral de alambre de espino como si llevaran los ojos vendados, imaginar que si fueran aros de fuego lo harían con la misma serenidad y elegancia. Lo que nunca habría imaginado es que un gato, de repente, se parara bajo la lluvia y se sentara a esperar. ¿Y a qué espera? Podría ponerse a cubierto, hay tejas amontonadas junto al colchón, un metro cuadrado de uralita, trozos de tubería. Pero el gato ha llegado hasta el centro del descampado, ha levantado el hocico unos segundos y se ha sentado. Ahí está, aguantando el chaparrón con la dignidad de una esfinge egipcia. Y no lo comprendo, pero siento una extraña admiración por él. Y me duele, pero no puedo dejar de mirarlo.

La vida sigue, las putas pasan

Prefiero morirme de una puta vez a que me hagan otra colonoscopia, dijo. Ella colgó el teléfono y encendió el ordenador. ¿Cómo está tu padre? Bien, dijo ella sin volverse. ¿Dónde quedó aquello de la ley de vida? Su padre, su marido, su hijo. Se siente miserable. Mi padre, yo, mi hijo. Por ese orden.

¿Sabes qué ha dicho mi padre?, que prefiere morirse a que le hagan otra colonoscopia. Él no dijo nada. Estoy muy cansada, dijo ella, y miró la página en blanco del ordenador. Por la mañana, cuando volvía del hospital en el tren de cercanías, vio cómo una chica se perfilaba los labios usando como espejo la pantalla del móvil. Después sacó un chicle y se lo metió en la boca. Masticaba de una forma grotesca para no estropear el maquillaje. La chica iba vestida de rojo de los pies a la cabeza.

Si estás cansada deberías dejar eso. Ya.

Al lado de la chica de rojo se sentó una madre muy joven. No paró en todo el trayecto de hablar al bebé con una sonrisa exagerada. A la hora de bajar nadie se acercó a ayudarla. Las puertas se cerraron y la mitad de la sillita quedó atrapada. Varias personas corrieron hacia ella. Alguien accionó la alarma. Se vuelve para contárselo.

Si el tren llega a ponerse en marcha el niño hubiera muerto, ¿te imaginas? Él la miró sin decir nada. Notó su rabia y su cansancio a partes iguales. Nunca acierto, tenía que haberle contado lo de la chica de rojo, pensó.

Me voy a la cama, deberías dejar eso, te dolerá la espalda. Ya.

Después de cinco minutos delante de la pantalla en blanco, se estiró y fue hacia el baño. Él estaba dentro, discutía con alguien por el móvil. Ella volvió al ordenador.

*para ti, bella durmiente / soez y lánguida / que has alcanzado la
celebridad / gracias a mí / gracias a haberte deseado / la muerte / tantas y
tantas veces // para ti, bella durmiente / (porque ahora estarás dormida) /
todo mi desprecio / todo mi odio / todo mi resentimiento // para ti, puta*

Apagó el ordenador, entró en la cama a oscuras y cerró los ojos. ¿Has acabado? De momento sí, dijo.

De pesca

Nadie necesita nada, o eso parece. A simple vista todos caminan erguidos por la calle, aunque arrastren sus bolsas del supermercado. No tenía pensado salir pero aquí estoy, doblando la esquina del dolor y la ansiedad, de la soledad y el cansancio, con las gafas puestas para no parecer yo.

Piensa en lo que va a comprar, lonchas de pavo sin sal, una tortilla precocinada con cebolla, una bolsa de pipas con sal, magdalenas, una morcilla de Burgos, cuatro yogures desnatados, ciruelas sin hueso, dos latas de mejillones, galletas integrales. Una compra absurda para romper la estadística. Sabe que husmean lo que compra porque siempre le envían a casa propaganda de productos saludables. Esta vez no sabrán qué pensar, se dice, o sí, seguro que sí. ¿Y tú?, ¿qué piensas tú?, se pregunta. Además de que las bolsas le pesarán demasiado, piensa que en cuanto vuelva a casa engullirá al menos dos magdalenas. Menudo banquete para nada, solo para las muelas, porque después no hay nada, después el maldito dolor de espalda y el agua caliente, otra vez. Y todo esto porque descolgaste el teléfono y marcaste el número de tu padre, se dice. Habló durante 23 minutos 38 segundos, no recuerda nada de lo que dijo, palabras sueltas, mal corazón loca enferma egoísta injusta, siempre las palabras de los demás arañando las paredes de la casa.

¿A cuántos kilómetros quedará Bleturge?, piensa, ¿te imaginas?, un apartamento gris en un edificio gris, tal vez con una maceta en la ventana, una maceta sin flores, solo hojas casi negras y pequeñas que aguanten bien el frío, una habitación enmoquetada, una mesa de cocina cubierta de hule gastado donde dibujar letras con el dedo mojado en café, café, mucho café, café aguado que no quite el sueño, así sería la espera, así no saldría a comprar morcilla ni galletas integrales, así miraría desde la ventana a los transeúntes con sus bolsas, acarreando nada, y ella no sería ninguno. Ninguno.

Al cruzar por el paso elevado se extraña de que dos mujeres se santigüen mirando hacia el restaurante chino. Mientras baja ve un coche de policía y a un hombre vestido de blanco sacando una camilla de una *roulotte* aparcada.

En la camilla, un cuerpo cubierto de la cabeza a los pies y sujeto por tres correas. Una le aprieta justo en el cuello. Ella tose instintivamente.

Toda una vida ahí, bajo una sábana, toda esa vida.

Se vuelve varias veces mientras camina hacia el supermercado. Se vuelve y piensa que debe de tratarse de un extranjero. Esta noche en la tele local darán la noticia.

Mientras se pasea entre yogures desnatados y lechugas iceberg, se va olvidando del muerto. Cuando sale con dos bolsas de compra, ya no recuerda nada. El frío borra todas las huellas.

Un puñado de niños sin camiseta observa cómo un chico algo mayor lanza el hilo de su caña hacia el centro del río. Con la otra mano fuma. Después de ese momento de gran expectación, de devoción absoluta, el chico sabe que vendrá la decepción y hasta las burlas. Ningún pez pica nunca en Bleturge y no le quedan cigarrillos. Si dentro de cinco minutos no se tensa el hilo, esos críos bostezarán, se mirarán de reojo, se reirán entre ellos con disimulo, después abiertamente. El chico dejará de ser el rey. Antes de que el cigarrillo se consuma del todo, espanta a los críos con la mano y con el humo de la última calada, alegando que le asustan a los peces. Los niños se atropellan entre risas, aún hechizados, mientras él les lanza un puñado de tierra. Su reinado ha durado poco, pero piensa que así los niños hablarán de él de camino a casa, imitarán sus movimientos y quizá hasta sueñen con ser como él antes de dormir.

Ella no sueña, ella suda mientras mira la escena desde el puente. Ve alejarse a los niños dándose empujones y haciendo que fuman con ramitas secas. Uno se vuelve y mira al chico, que en ese momento tira la colilla al agua con desgana. Ve cómo el chico se sienta donde antes estaban los críos. Ve cómo el niño ve que el chico esconde la cabeza entre las manos. Ve cómo el niño la mira y después corre detrás del grupo. Ella tiene ganas de bajar al río y ofrecerle al chico un cigarrillo, pero ella no fuma ni tiene edad para saltar entre piedras. Ella tiene ganas de sentarse al sol a su lado, de decirle en voz baja que no pasa nada, que nunca pasa nada.

Espejo

Espere, por favor. La chica movió la mano entre las puertas, se abrieron sin haber llegado a cerrarse. Gracias, dijo ella. Llevaba una bolsa en cada mano. La chica pulsó el séptimo y preguntó a qué piso iba. Sí, al último, gracias. Le extrañó que pulsase antes de preguntar. El ascensor bien podía no haber tenido memoria. Sonrió.

¿Qué pasa?, preguntó la chica como si ella fuera la responsable de que el ascensor acabara de pararse entre dos plantas. ¿Por qué se para?, volvió a decir con vehemencia.

Pulsa el timbre, por favor. Púselo usted, dijo antes de aporrear la puerta y gritar Socorro. Ella colgó de la barra horizontal que atravesaba el espejo las dos bolsas, una en cada extremo. ¿Qué hace? Tengo las manos ocupadas, respondió, demorándose a propósito en cada palabra, y pulsó el timbre.

No puedo respirar, no puedo respirar. Sí puedes, no digas tonterías, cierra los ojos y respira, con los ojos cerrados el espacio es mayor, piensa en algo bonito. Se sintió ridícula hablándole como si fuera una niña pequeña. Llamaré a casa, sigue respirando. No me suelte la mano, dijo la chica. No hay nadie. La chica se echó a llorar. Lloraba sin abrir los ojos. No llores, mujer, no te va a pasar nada. Ya lo sé, no es eso.

Estaban sentadas en el suelo. La chica ya no lloraba. Llevaban calladas un buen rato. Mientras la chica había estado con los ojos cerrados, ella la había mirado sin pudor. Su cara le resultaba familiar.

¿Por qué ha colgado ahí las bolsas?, señaló la barra. Ella sintió que el calor le subía a la cara. Cuando llego a casa pongo las bolsas sobre la mesa de la cocina, así que no me gusta que antes hayan estado en el suelo, manías, ya sabes. La chica no dijo nada. ¿Tú no tienes manías? No le interesaba en absoluto si la chica tenía manías o no, tampoco pretendía iniciar una conversación, solo quería salir de allí de una vez. Aquella situación empezaba a resultarle incómoda.

¿Lleva chocolate? ¿Cómo? En las bolsas, ¿lleva chocolate? No llevaba, pero le ofreció unas galletas. Son integrales, se excusó. La chica tomó dos sin

dar las gracias. Tendría unos veinte, pero se comportaba como una niña de diez. ¿Sabe?, dijo con la boca llena, venía dispuesta a darle un ultimátum a mi novio, pero me lo he pensado mejor. Ni siquiera habrá ultimátum, lo voy a dejar. Novio. Repasó a los vecinos de su planta. Quiero tener hijos, ¿sabe?, ¿usted tiene hijos? Una hija. Yo quiero tener muchos hijos.

Estuvo a punto de decirle que uno cree que serán los hijos quienes entierren a los padres y no al revés, nadie piensa antes de tenerlos que hay niños que mueren porque sí, y de repente supo a quién le recordaba.

El ascensor dio un salto y la chica se puso en pie inmediatamente. Pulsó varias veces y empezaron a bajar. Cuando las puertas se abrieron la chica no tardó ni un segundo en salir y, volviéndose con una gran sonrisa, dijo Adiós. Ella estaba apoyada en la barra horizontal frotándose las piernas para desentumecerlas. Adiós, respondió, pero la chica ya no estaba.

Las puertas se cerraron. Mientras subía, no pudo dejar de mirarse en el espejo ni un instante. El parecido era asombroso.

Colorterapia

Se mira el vestido. Ve dos manchas de chocolate y algunas salpicaduras a la altura del vientre. Nunca come chocolate, pero la chica del ascensor lo nombró y al día siguiente compró una tableta para hacer un bizcocho.

El vestido es de flores rosas, así que las manchas se ven más. Lo había comprado en la planta joven de unos grandes almacenes. No le gusta el rosa, pero su hija insistió, dijo que había leído en una revista que el rosa y el naranja enamoraban. Se quita el vestido y lo arruga en el lavabo, frota las manchas. Todavía tengo que ordenar la compra, los yogures no pueden esperar.

Al agacharse a meter unas latas en la despensa nota un intenso dolor. Si fuera en el brazo pensaría que es un infarto. Va cojeando hasta el sofá, coloca la pierna sobre la mesa, ¿y si es un trombo?, ¿será bueno levantar la pierna o eso hará que se desplace? Ve que solo lleva puesta la ropa interior. Se toca el empeine, caliente, o eso le parece. Nota que la pierna no está del todo suave, va cojeando al baño y se pasa la cuchilla. El dolor sigue ahí, bajo la piel lisa y mojada. No tiene ganas de depilar la otra pierna y deja que el agua fría corra sobre ellas. Después se pone una camiseta y se tumba. Menuda bronca si mi madre me viera con una prenda negra en la cama.

Cuando abre los ojos él está tumbado a su izquierda. ¿Qué hora es? Casi las dos. ¿De la tarde? De la noche, vuelve a dormir. El vestido, los yogures. No te preocupes, vuelve a dormir.

Sopa

Perdón, ha dicho en voz alta llevándose la mano a la boca. Está en la cocina, de pie, delante del fregadero. Está sola. No sola en la cocina, sola en la casa. Se ríe. Se ríe como ríen los que han bebido un poco y están a punto de beber más. Acaba de soltar un eructo enorme como la sopa que acaba de tomarse. La ha servido en la fuente que suele usar para la ensalada porque toda no cabía en un plato hondo. Duda si quitar la fuente o dejarla con un poco de agua, y sentarse de nuevo en el sofá.

Ya no recuerda por qué llegó con ganas de un vaso de vino, con un hambre feroz. Junto a la vitrocerámica había una botella de tinto a la que le quedaban cuatro dedos. Puso agua a hervir mientras tomaba el primer sorbo. Uno, disolver el contenido del envase en un litro de agua caliente, sin que llegue a hervir, y llevar a ebullición removiendo al mismo tiempo. Ahí rio por primera vez, incluso antes de que el alcohol empezara a hacer su efecto. Más que hacer una sopa, parece que vaya a lanzar un cohete al espacio. Otro sorbo largo de vino. Dos, dejar cocer a fuego lento durante diez minutos removiendo de vez en cuando. Eso está mejor. De vez en cuando no significa nada. Y otro.

Vació el contenido del sobre cuando le vino en gana, removió solo una vez y puso el mando de la vitro al máximo. Aprovechó para tomar un poco de queso con lo que quedaba en la botella.

Ave con Fideos. ¿Por qué han escrito fideos con mayúsculas? ¡Mayúsculas no!, ¡versales!, dijo, levantando el índice y recordando a su profesor del instituto. Baja en grasa, con menos sal. Ahora sin conservantes. La palabra «ahora» iba en una elipse blanca sobre fondo rojo. Se pregunta si, igual que los fumadores que padecen cáncer demandan a empresas tabaqueras, ella podría denunciar a empresas soperas por haber estado tomando sopa con conservantes durante años. También se pregunta si se lo hubiera preguntado sin haber bebido con el estómago vacío. Empresas soperas, repite en voz alta, y se ríe.

La sopa está lista. Sopa de ave con fideos. Qué tristeza. La divide en dos, media a la fuente, media a un táper. Vuelve a volcar la sopa de la fuente en la cacerola, le añade un huevo batido. Mientras el huevo forma hilos, corta en cubos dos pepinillos en vinagre. Se ríe, se vuelve como si alguien fuera a pillarla en falta. No queda vino, duda si abrir otra botella. El pepinillo ha dejado la sopa, hirviente, a una temperatura ideal. ¡Viva la entropía!, dice empuñando una cuchara. Sí, mejor será no abrir otra botella.

Disfruta de cada cucharada. Qué narices, ¿por qué no voy a abrir otra botella si tengo toda la tarde y toda la noche para mí? Pero no se levanta, sigue comiendo sopa como si en ello le fuera la vida. Cada cucharada resuena en su cerebro, mira a su alrededor, quieta, expectante, ni música ni tele ni vecinos. Sigue comiendo. A veces, entre cucharadas, se acuerda de su hija. Le dijo que hoy no vendría a dormir. En él evita pensar, pero le sale una mueca cada vez que no piensa en él. Pero ¿qué le hizo entrar directamente a la cocina y ponerse un vaso de vino? ¿Sería el hombre que cruzaba el semáforo y que parecía arrastrar su vida en el sobre que llevaba bajo el brazo? ¿Fue la chica rubia que olía a peluquería? ¿Quizá la señora en toples, de su edad, que se estiraba junto a la piscina intentando formar una curva entre la toalla y su columna vertebral, esperando, quizá, que alguien la mirara y pensara que aún tiene un polvo? Mejor que abrir otra botella de vino acabar con ese licor que sabe a jarabe y que trajo alguien de nosedónde.

En todo eso estuvo pensado justo antes de eructar, justo antes de pedir perdón en voz alta. No da crédito cuando ve que la etiqueta trasera del licor también lleva instrucciones. Bébase a cualquier temperatura, natural o frío, nunca helado. Masticar un fruto deshuesado en presencia de licor, sin tragarlo, es el más exquisito de los bocados. Lo que hay que aguantar.

Grados

¿Qué haces? Ella deja de masticar por un segundo. Está de espaldas, junto al fregadero de la cocina, y come atún con un tenedor de postre directamente de una lata. Se vuelve. Y tú, ¿qué haces aquí?, piensa, ¿cómo que no estás con la chica del ascensor? Sin sonreír le dice que ha preparado una ensalada y le ha sobrado atún. No lo iba a tirar, dice. ¿Has bebido? Todavía no. ¿La ensalada no sería para mí? ¿Este hombre no sabe más que preguntar? Es para tu hija, ¿recuerdas?, tienes una hija. Él no dice nada, sale de la cocina. Ella sabe que él ahora sabe que ha bebido.

Puedo hacerte otra a ti, le dice al entrar en el dormitorio con la lata de atún en la mano. Él está descalzándose. Deberíamos comprar una butaca, una butaca descalzadora, dice. Se llaman así, dice levantando las cejas y las manos cuando él la mira. Al levantar las manos se da cuenta de que todavía lleva la lata. Me he tomado dos cervezas, de las tuyas, ¿sabías que tienen más de siete grados?, ¿cuánto tiene una de las otras?, ¿cuatro? Cuatro con ocho, responde él sin mirarla. Me maravillas, no, en serio, me maravillas, no sé cómo puedes acordarte de esas cosas y no acordarte nunca del cumpleaños de tu hija. No sigas. No, en serio, no sé cómo puedes acordarte de los grados de..., ¿y cuántos grados tiene el cava?, porque tú por ahí tomarás cava, supongo. Él se levanta y entra descalzo al cuarto de baño. Ella se sienta en la cama, da la vuelta a los calcetines y empuja los zapatos hasta dejarlos simétricos. Los calcetines aún están calientes, siente la tentación de olerlos, pero los tira al cesto de mimbre que hay junto al armario.

Él nunca tomaría cava, lo sabe de sobra. Ni siquiera con la preciosa chica del ascensor tomaría cava. Está tan cansada y esperaba tanto, tanto, tanto, descansar esta noche sin él con dos cervezas en el estómago, que siente deseos de dejarse caer tal como está, sentada a los pies de la cama, y echarse a dormir. Está segura de que él la descalzaría, recogería sus piernas y le echaría la colcha después de quitarle la lata de atún de las manos.

Él está duchándose. Ella esconde la lata bajo la cama, se descalza, encoge las piernas, tira de la colcha y se duerme tranquila. Total, la ensalada no

puede enfriarse.

El hombre que duerme

No soporto el *jazz*. No soporto el *jazz* ni a las palomas. Después de apagar casi de un manotazo la radio, se asoma a la ventana y ve a una paloma al acecho. Un gato huele la comida que la niña de los gatos le ha dejado sobre un papel de aluminio. A cierta distancia de seguridad espera su turno una paloma. No soporto a las palomas.

Todo sucede a espaldas del hombre que duerme. Duerme sobre dos cojines que alguna vez pertenecieron a un sofá. También fuma y bebe, y habla solo. Nunca he llegado a entender de qué vive la gente que no vive de nada. Al menos desaparece cuando llueve. Eso me da un respiro. Lo imagino en un lugar mejor. Pero ¿existe mejor o peor cuando vives en la calle?

La chica que fue modelo y ahora aparca coches le grita a medio metro de la cara. ¡Me debes cinco euros!, ¡eres un borracho de vino blanco!, ¿yo?, yo no bebo, solo bebo cerveza, mírame. Y la chica se levanta las mangas de la camiseta y le muestra sus antebrazos. Después vuelve a la carga. ¡Eres un gusano!, vives en la calle y no hablas con nadie, solo conmigo y con la niña de los gatos, ahí te quedas, gusano. La chica se aleja y, después de dar unos pasos, se vuelve y le grita. ¡Y gracias por el cigarrito!

Nunca se sabe si pelean o hablan. Hablan a gritos. Sobre todo ella, él nunca levanta la voz, él nunca se levanta de esos dos cojines. Está sentado, mantiene la espalda recta, y las piernas estiradas y cruzadas. La mano izquierda bajo la axila derecha y el brazo derecho en un ángulo de noventa grados sosteniendo, solemnemente, un cigarrito. Parece un marqués. ¿De dónde saca para fumar la gente que no vive de nada? No comprendo a la niña de los gatos. Cada día les deja comida y agua, pero nunca deja nada al hombre que duerme.

Que no la llame por su nombre, dice, ¿y cómo quiere que la llame? El hombre que duerme habla solo. Con las palomas no habla. Seguro que no las soporta, como yo. Seguro que tampoco soporta el *jazz*.

Segundo plano

Él está al sol, yo a la sombra. Él, de frente al mar. Yo, de frente a él, de espaldas al paisaje como es mi costumbre, sentada sobre el muro bajo que separa el paseo marítimo de la arena. Me gusta pensar que todavía, algunas veces, soy capaz de mirarlo como se mira a un desconocido. Me pregunto si él sentirá lo mismo al verme a cierta distancia.

Él se acomoda en el banco, coloca las manos entrelazadas sosteniendo la nuca. Satisfecho y feliz. Le sonrío. Él también sonrío, pero su sonrisa llega más lejos. Vuelvo la cabeza. A tan solo unos metros detrás de mí, tres turistas se frotan los pechos desnudos bajo la ducha de la playa.

Ver, oír, callar

Cierre los ojos y no piense en nada, deje la mente en blanco, dijo el chico, y acto seguido notó sus manos aceitosas sobre los hombros. Relájese y respire. Si no es capaz de dejar la mente en blanco, piense en algo bonito.

Algo bonito, piensa. Se acuerda de la chica del ascensor. Era preciosa.

Las manos se deslizan con facilidad sobre los nudos de su espalda. Seguro que esa chica no tiene nudos, seguro que sabe cómo relajarse, seguro que su piel es suave sin necesidad de aceites. Pobre chica, algún día te saldrán manchas, mi querida niña histérica, piensa. No piense, dice el chico. Ella le pide perdón.

La mente en blanco, la mente en blanco, mis hombros están relajados, respiro, la mente en blanco, blanco... blanco y azul, Montreal 76, aquel bolso bandolera de lana azul marino con las palabras Montreal 76 bordadas en blanco, mi hija lo usaba para ir al colegio, si metía más de dos libros el cordón se le clavaba en el hombro, sus pálidos hombros de niña, pero le daba lo mismo, soportaba aquel dolor con orgullo porque sabía que nadie en todo el colegio tenía un bolso como el suyo, ni siquiera en toda la ciudad... su tía se lo había traído de Canadá, había pasado tres meses en Toronto, en casa de una antigua compañera de trabajo, recuperándose de un fracaso amoroso, aunque eso lo supieron después... había vuelto gorda y con el pelo teñido de rojo, contaba que como hacía mucho frío para pasear pasaban las tardes comiendo gelatina mientras veían la tele, también volvió con una bufanda de colas de zorro de lo más siniestra... mi hija se quedaba extasiada escuchando anécdotas y mirando fotos, sobre todo una en la que su tía daba de comer a una ardilla.

Nunca se ha atrevido a preguntarle qué pasó aquella vez, qué pasó otras veces, su hermana no se ha casado, tuvo algunos novios, pero no se ha casado, piensa... no recuerda haber hablado nunca con su hermana, le gustaría, pero su madre le enseñó que siempre es mejor no decir nada si lo que vas a decir puede molestar a alguien, que siempre es mejor callarse... ver, oír, callar, decía su madre... busca, intenta encontrar algo bueno que pudiera

decir a su hermana, algún atajo que pudiera llevarlas a un terreno común y fértil donde comenzar a construir después de tanto tiempo... no, no encuentra.

Así me gusta, dice el chico, que se relaje y deje la mente en blanco.

Gatos

Hoy vino la secreta. Como si no reconociéramos su coche tan limpio. A cada vecino que salía del portal le fueron preguntado a hurtadillas si conocían a la mujer que alimenta a los gatos. Nadie dijo nada. La mujer que alimenta a los gatos es una niña de doce años con la piel muy blanca. Alimenta gatos desde que murió su madre.

Siete vidas

Solo vi llorar a mi madre una vez. Supongo que el resto de las veces lo hizo a escondidas. Esa noche aún no habíamos cenado, hacía calor, abrí la puerta que daba al jardín y el gato escapó. Supongo que mi grito lo hizo correr aún más. En la calle solo había dos farolas encendidas. El coche no se paró y el gato quedó tendido junto al bordillo de la acera. Supongo que mi absoluto silencio hizo salir a mi madre.

El gato boqueaba como un pez con el cuello torcido y el rabo en ele. Mi madre me dijo que fuera a buscar una bolsa. Rápido, me gritó. Desde la puerta de casa vi cómo le agarraba las patas traseras, cerraba los ojos y le golpeaba la cabeza contra la tapia. Mientras lo metía en la bolsa no dejaba de llorar. A tu hermana ni una palabra de esto, que es muy sensible, dijo. Después cenamos.

A la mañana siguiente, mientras le ponía el desayuno a mi hermana, le contaba que el gato se había puesto enfermo y se lo había llevado el lechero al campo. Todos nuestros animales acababan en la casa del lechero, incluso los que terminaban en la olla. Mi hermana después de beberse la leche se fue a jugar al jardín.

Hay un gato en el garaje. Un gato flaco y sucio. Ella le lleva agua y comida. El gato no se mueve. Es posible que esté ciego, piensa. Hoy le llevó leche. Machacó media aspirina y se la revolvió con el azúcar. A ese gato debe de dolerle todo el cuerpo, piensa. Hasta que no le ha metido el hocico en el cuenco el gato no ha bebido. Bebió más de la mitad sin respirar. Le ha enfocado los ojos con la linterna y la ha apagado rápidamente al comprobar que no tiene ojos. Le ha acariciado los huesos del lomo a pesar de la suciedad y el mal olor. Ojalá mueras esta noche, le ha dicho. Ojalá mueras con el estómago lleno y recordando estas caricias que no deseo hacerte, que solo te hago por pena.

No llora por el gato mientras le acaricia con asco el lomo. Lloro por su madre. Ojalá estuviera aquí, ojalá no estuviera muerta, piensa. Ella sabría qué hacer y cómo.

Heridas

El cuenco de las llaves está en la basura. Sí, lo he tirado yo. ¿Se ha roto? No, pero no lo toques. ¿Por qué? Nada, un gato enfermo ha bebido en él, y cualquiera sabe, es que era el único que tenía la base suficientemente ancha para que no se volcara, y mira, no he tenido fuerzas de lavarlo y dejarlo en su sitio, y lo he tirado. Me he perdido.

Ella junta las manos sobre la mesa y, repasándose las uñas con el pulgar, le habla del gato del garaje. ¿Has estado alimentando a un animal herido? ¿Animal herido?, no seas dramática, era un gato enfermo. Los animales heridos son muy peligrosos, lo sabe todo el mundo. Un gato enfermo. Un gato enfermo, qué asco, ¿y qué tenía?, no, no me lo digas.

No sabe por qué le ha dicho que estaba enfermo, solo era un gato hambriento. Heridas no vio. Los ojos eran dos cicatrices. Mira a su hija e intenta sonreír. No te preocupes, ya no está. ¿Ya no está dónde?, ¿en el garaje?, ¡no lo habrás subido a casa!, ¡un gato moribundo! Solo era un gato hambriento y ya no está, ¿vale? Su hija la mira con desconfianza y echa un vistazo a la habitación. No está aquí, déjalo ya.

¿Dónde estará?, se pregunta mientras su hija mira de reojo los rincones. ¿Quizá consiguió subir la rampa? Imposible, ni siquiera tenía fuerzas para sostenerse en pie. Quizá alguien hizo lo que ella solo pensó, meterlo en una caja y llevarlo a algún sitio. Piensa en su madre metiendo al gato, al otro, en una bolsa. Piensa en su hermana, en que jamás preguntó por él. Jamás.

Estuve llamando a la Sociedad Protectora de Animales, pero nada, los del 092 me dijeron que tendría que esperar hasta el lunes, pero esta mañana el gato ya no estaba. Mejor, ¿y papá sabe algo de todo esto?, bueno, da igual, por cierto, tengo que hablar con papá, estoy harta, está claro que aquí sobro. Esta es tu casa. Ya, bueno, he estado hablando con la tía y dice que me puedo ir con ella hasta que encuentre algo. Pues si te vas a ir, ¿para qué vas a hablar con tu padre?, solo vais a haceros daño. No puedo irme sin más, sería como darle la razón, las cosas hay que hablarlas, la tía me lo ha dicho, dice que las cosas hay que hablarlas. Vale, déjalo. ¿Ves?, la tía dice que tú nunca te

enfrentas a las cosas, que prefieres dejarlas pasar y seguir como si nada, y que a papá tampoco te has enfrentado nunca y así te va. La tía y tú os llevaréis muy bien, ¿algo más? No, sí, ¿no tocarías al gato?, no, no me lo digas.

Golpes

Quiero morir en mi casa. Ya lo hemos hablado, además, ¿quién ha dicho que vayas a morirme? Ella miró a su hermana, no daba crédito. ¿Podemos salir un momento?, le dijo. ¿Tú te oyes?, ¿quién ha dicho que vayas a morirme?, ¿tú te crees que papá es tonto?, ¿y qué es eso de Ya lo hemos hablado? Papá me dijo que quería morir en casa, imagínate, ya le dije que eso era totalmente imposible, yo creo que está perdiendo la cabeza. Entérate bien, papá va a morir en su casa.

Todo el mundo dice que el peor momento es cuando acaba la ceremonia y el ataúd desaparece por una puerta lateral de la iglesia, que justo en ese instante son conscientes de que nunca más volverán a ver a la persona que va dentro. Pero se equivocan. El peor momento es cuando el cuerpo de esa persona a la que aún te apetecería abrazar y besar porque todavía puedes sentir su calor está dentro de la caja cerrada y dos operarios la ponen en pie para meterla en el ascensor. Ese es el peor momento, el que habría que evitar presenciar de cualquier modo. Cuando ponen el ataúd en vertical y a ese cuerpo aún caliente se le doblan las rodillas, y tú no sabes qué parte del cuerpo ha chocado con qué parte de la madera e instintivamente dices Tengan cuidado, como si a ese cuerpo aún pudiera dolerle algo. De repente una larga lista de golpes, los que evitaste, los que no pudiste evitar, pasan por tu mente, algunos a cámara lenta y otros a toda velocidad. Ella mueve la mano delante de la cara como si espantara a un insecto.

Papá morirá en su casa, ¿te queda claro? Es que no te comprendo, yo solo quiero lo mejor para él. Vete a la mierda.

Sombras

Hija, ¿no duermes? He oído un ruido. Será una enfermera, o un enfermo. He visto una sombra en la ventana. No hay nadie en la ventana, es el cansancio y ese maldito sillón, no deberías pasar aquí las noches, mejor estarías en tu casa cuidando de tu marido. Prefiero estar aquí. Tu madre veía sombras todas las noches, no digo cuando ya estaba enferma, las veía siempre. Yo también, en casa, si no me duermo enseguida, miro hacia la puerta del dormitorio y al cabo de un rato veo figuras, si entorno los ojos las veo moverse, y ya no puedo dormir. El cerebro es idiota, quiere ver cosas donde no las hay, seguro que a veces deseas que haya alguien de verdad. Sí. Claro, eso decía tu madre. Si una noche hubiera alguien de verdad justificaría todas las demás noches de no dormir, eso decía. Es increíble, yo también lo digo, con esas mismas palabras. Pues ya ves, duérmete.

Le preguntaría cosas, cosas sobre su madre, pero ahora es él, su padre, el que va a morir. Nunca encontró un buen momento para sacar el tema, pero desde luego este sería el peor. Si pudiera, le diría que pasa las noches en ese maldito sillón porque no quiere revivir aquella sensación de inutilidad, aquel no entender. No quiere despertarse sobresaltada y que la voz de un desconocido le diga Su padre ha muerto. No sabe de qué hablan cuando dicen cuidar, ella no está cuidando, está acompañando. Cuidar significa que esa persona va a recuperarse, y su padre no va a recuperarse. Cuidar de mi marido. Quizá tenga razón, quizá no haya que buscar sombras ni esperar a que cobren vida, quizá solo se trate de cerrar los ojos y dormir.

Entonces duerme

No debes preocuparte, estás en casa y estoy aquí, contigo, no dejaré que te zarandeen, no dejaré que nadie intente reanimarte para ganar unos días de vida, te peinaré con los dedos, te besaré en la frente, te diré cuánto te quiero, aunque no me oigas, piensa mientras lo mira respirar.

No te preocupes, dice él de repente sin abrir los ojos, no debes preocuparte por nada, yo no estoy preocupado.

Soledad

La soledad, ¿se acaba alguna vez? Vuelve la cabeza como un resorte, pero la pregunta no es para ella. Una chica, que le ha parecido muy joven, habla por el móvil mientras dibuja en el cristal de la ventanilla. Afortunadamente a esas horas el autobús va casi vacío y puede oír la conversación sin esfuerzo.

No... me he apuntado a todo... no... no, nada... ¿el qué?... ¿el grupo de lectura?... qué va, solo mujeres... las clases de salsa, sí, menuda idea... ni te cuento...

No sabe si quiere seguir escuchando. ¿A qué llama la gente soledad? ¿A qué llamas soledad?, le preguntaría. Vuelve la cabeza, unos veinte, veintidós a lo sumo.

El amor no acaba con ella... qué dices... el sexo menos...

Quizá veinticinco. El sexo. Desde luego es un buen entretenimiento, mientras dura no te das cuenta de lo solo que estás. El sexo es no estar. El amor es justo lo contrario. El amor no te llena la cabeza de pájaros como dicen, el amor te hunde los pies en la tierra. Los pies y los brazos. Le viene a la cabeza la imagen de un tipo al que lapidaron. ¿Cómo pueden poner esas fotos en el periódico? Lo enterraron de pie, solo le dejaron fuera los hombros y la cabeza. Así es el amor.

La chica ha bajado del autobús. Llueve, no abre el paraguas porque no le quedan manos, prefiere mojarse a dejar de hablar con su amiga.

La lluvia siempre es igual. O sus efectos. No puede evitar pensar en una casa vacía. No es una casa sin tejado ni una casa en ruinas, no es una casa sin muebles. Es, simplemente, una casa vacía. Una casa sin nadie dentro mientras llueve. No puede imaginar nada más triste que eso. ¿A qué llama la gente soledad?

Triciclo

Bajó del autobús dos paradas antes para obligarse a andar, para obligarse a respirar un poco. Todavía quedaba sol. No es sol, es esa luz del sol que se resiste cada tarde a marchar. Hay días en los que brilla más que el propio sol. No brilla más, luce más porque parece más pesada, más naranja, más intensa. Esa luz que redondea las esquinas de los edificios y los hombros de las mujeres. Esa misma luz que ya no llega a las aceras. Y sobre la acera, dos niñas. Una rubia subida a un triciclo de plástico. La otra mulata con el pelo espantado y los ojos verdes, detrás, empujando el triciclo con la fuerza de todos sus cuatro años. El triciclo empezó a correr acera abajo, luz abajo, hacia un muro. La niña rubia no soltó el manillar, la mulata no soltó los hombros de su amiga. El triciclo chocó contra el muro haciendo callar a los últimos pájaros. Dos hombres negros salieron del locutorio. Ella se paró en seco y se tapó instintivamente la boca. Las dos niñas se miraron muy serias durante dos segundos, y después lanzaron a la vez una enorme carcajada. Los hombres rieron, menearon la cabeza y volvieron a sus quehaceres. Ella reanudó el paso y también rio. Se reía con una risa infantil, una risa que no hacía ruido, esa risa que le entraba cuando su padre la llevaba a misa y le decía No hagas ruido. La misma risa torpe y a destiempo que le sobrevino mientras velaba el cuerpo de su hijo, o cuando el médico le dijo que a su padre le quedaban tres meses de vida. La misma risa estúpida que siempre desembocaba en un llanto sin consuelo.

Cuando pasó junto a las niñas aún reían. Las tres. Fue al enfrentar su calle cuando llegaron las lágrimas, cuando el sol ya se había puesto por completo y de su luz naranja apenas quedaban unas nubes color ratón.

Notó que no le entraba suficiente aire en los pulmones. Su casa quedaba a no más de veinte metros, pero entró en el primer portal que encontró abierto y se sentó en el suelo. No podía parar de llorar.

Sapo azul

Hubo un tiempo en el que pisaba cada colilla encendida que veía tirada en las aceras. La primera no sé por qué, la segunda por juego. A las demás tuve que buscarles una explicación. Cuando alguien me preguntaba por qué me desviaba de mi camino para apagarlas con la punta del zapato, respondía Porque consumen oxígeno innecesariamente. Qué estupidez. Tendría que haberles dicho Porque es muy fácil caer. Haces cuatro días seguidos la misma cosa y ya has caído, ya tienes una nueva manía que alimentar.

Pensé que se me pasaría, que no era más que una fijación adolescente fruto del aburrimiento. El caso es que, pasados los cincuenta, sigo haciéndolo. Si no lo hago, si me esfuerzo en pasar de largo, la imagen de esa colilla consumiendo oxígeno tarda demasiado en apagarse en mi cabeza.

Esta mañana había un sapo azul de cerámica, horroroso, en el bordillo de la acera, junto a los contenedores. Supongo que su dueño no sabía si era reciclable y no supo dónde debía tirarlo, o no quiso, o no pudo hacerlo. Quizá heredó la casa de sus padres y el sapo azul estaba en una estantería, quizá dudó durante meses qué debía hacer con él, quizá se haya sentido menos culpable al dejarlo ahí, en vez de romperlo y tirarlo.

Mi madre nos preguntaba cada mañana, justo antes de salir hacia el colegio, si nos habíamos puesto desodorante. Incluso nos hacía levantar los brazos y acercaba la nariz para comprobarlo. Quizá la primera vez lo hizo solo para que nos riéramos. Las demás no pudo evitarlas.

Hay una colilla encendida. Si alguien le preguntara, respondería que se ha acercado a pisarla para evitar que prenda el contenedor de papel. La genética es un sapo azul, piensa, lo toma con asco y lo tira al contenedor gris.

Orden

No le gusta tener que mover al menos un par de libros cada vez que termina de leer otro, para ponerlo en el lugar que le corresponde en la estantería. No le gusta porque, aunque no se vuelve, sabe que él la está mirando. A veces los deja sobre la mesa y cuando él no está los coloca alfabéticamente con mimo. Los libros. Sin ellos se volvería loca.

Se llama neurosis, le ha oído decir a sus espaldas alguna vez. No, se llama orden. Neurosis es cuadrar los libros leídos siempre en la esquina izquierda de la mesa y siempre dejando un centímetro desde el lomo hasta el borde. Neurosis es, a pesar de saber que él la mirará con recelo mientras mueve unos y coloca otros, no poder dejarlos unas horas sobre esa maldita mesa hasta que él se vaya. Neurosis es cuadrarlos una y otra vez en esa maldita esquina para finalmente no esperar, levantarse.

Recuerda a su madre recogéndole el pelo en una coleta, repitiendo que después siempre hay que limpiar bien las púas de pelos. Por cortos que sean, repetía. No querrías peinarte con un cepillo que lleva pelos de otra persona, ¿verdad? Cada una teníamos nuestro propio cepillo. Mi hermana uno rosa, yo uno verde y mi madre uno de carey que guardaba en su mesilla de noche, lejos de posibles contaminaciones.

Una compañera de colegio le contó entre lágrimas que, cada día al llegar a casa, su madre le limpiaba la boca por dentro con un algodón empapado en alcohol. Quitar pelos de un cepillo no era para tanto. Lo sigue haciendo, aunque no sabe muy bien para qué. Tampoco sabría explicar, si es que alguien le preguntara, por qué debajo de cada cosa fría coloca algo no frío que haga de aislante. Por ejemplo, llega con prisa, se quita el anillo y lo deja en el bol de cerámica de la cocina, pero al momento se da la vuelta y lo lleva hasta el cuenco de madera del dormitorio. O el móvil. Jamás lo deja sobre el cristal del mueble de la entrada, lo pone dentro del cestillo o sobre un posavasos de corcho. Y así todo. Evitar el frío a lo frío se convierte en una tarea más. Un tarea que procura hacer lejos de cualquier mirada.

El maldito orden de las cosas, la maldita herencia genética, el maldito miedo a lo que los demás piensen de nosotros, aunque sepamos de sobra lo que piensan.

Instantáneas

El tren de cercanías para en Aeropuerto. Un hombre con cazadora roja entra al vagón hablando animadamente con un chico que lo mira con cara de escepticismo. Un padre y un hijo poco entusiasta, podría pensarse. O un padre entusiasta y un hijo cansado de sus exageraciones. El hombre se remanga la cazadora roja y señala con los brazos en alto la puesta de sol. El sol bajando y un avión subiendo. Qué hermosa instantánea, dice. El chico se atusa la punta de la cresta y las patillas, se retuerce el *pírsin* de la ceja. Suena un móvil. El hombre se lleva la mano al pecho como si hubiera sufrido un infarto. Entorna los ojos, suspira. El chico mira la puesta de sol sin ganas.

El hombre habla, dice que está en el tren y que aún le quedan cuatro paradas para llegar. Cuando guarda el móvil deja la mano unos segundos sobre el pecho. El chico lo mira y el hombre sonríe levantando las cejas. ¿No te aburre escuchar a un viejo?, le dice. El chico niega con la cabeza. ¿En cuál te bajas tú? En la próxima.

Un hombre negro les pasa una nota de papel entre los dos asientos. El hombre la toma con cara de sorpresa, la levanta teatralmente. Torremolinos, lee en alto y se vuelve. ¿Tú hablar español?, yo avisar de tu parada, ¿tú *anderstanmi*?

En Torremolinos, a pasarlo bien, dice al chico. El hombre negro lleva un mono blanco muy sucio con las mangas atadas a la cintura y una nevera azul de plástico.

El chico se levanta. Ha sido un placer conocerte, le dice el hombre de la cazadora roja. Cuatro niñas de quince años ocupan los tres asientos que acaban de quedar vacíos. Se ríen, hablan a gritos, airean sus melenas recién planchadas, se hacen fotos con el móvil.

Lo normal, pensaría cualquier observador, sería que el hombre expansivo de la cazadora roja se ofreciera a fotografiarlas, pero no, se vuelve hacia el hombre negro y ve que está dormido. Duerme, duerme, que yo te aviso, masculla como lo haría una madre. Las chicas ríen a carcajadas. Llevan las

faldas muy cortas, se sientan con las piernas abiertas quizá por la falta de experiencia. Solo les importa su pelo.

Forma

Mientras elige tomates y los va metiendo en una bolsa para pesarlos, ruido de fondo. Una voz áspera de mujer. Sesenta y cinco años, fumadora. Voz de mentirosa, piensa. Según se va acercando a las cajas, oye lo que cuenta.

En todo el pecho, y nadie me ha atendido, de aquí me voy al médico. La ve. Sentada en una silla de plástico blanca, con las rodillas separadas porque tiene los muslos muy gordos, junto a la primera caja. ¿Qué le ha ocurrido?, le preguntan los que van pasando a su lado.

Nada, que me ha estallado una gaseosa en todo el pecho, de las grandes, no una lata, de las grandes, y nadie me ha atendido, allí está el charco, nadie lo limpia, de aquí me voy al médico.

Lo cuenta varias veces más. La cajera baja la cabeza y sigue cobrando cada vez que la mujer abre la boca. Cuando llega su turno, la mujer busca su mirada. Ella la mira y no dice nada. No le interesa lo más mínimo su historia. En todo el pecho, dice la mujer buscando una palabra de consuelo.

Ella querría preguntarle si había testigos. ¿Quién puede asegurarnos que no estaba bebiendo a escondidas y por eso lleva mojado el pecho?, ¿eh?, vamos, convénzanos, somos su público, nos compadeceremos de usted si nos convence, le diría. La mira de nuevo a los ojos buscando si hay algo de verdad en su cantinela. Nada.

Antes de salir, se vuelve desde la puerta. La mujer se mueve nerviosa en la silla, busca a quién contar lo que ha pasado, pero es la hora de cerrar y ni siquiera quedan cajeras cerca. ¿Miente? No está segura. Lo único que está claro es que esa mujer no quiere volver a su casa.

Fondo

¿Sabes lo que ha dicho mi padre?, que soy una mala hija. También llama putas a las enfermeras, no le hagas mucho caso, hace tiempo que no sabe lo que dice.

Ella siempre ha pensado que él no la conoce. No la conoce del todo. Ella sabe que si le dijera Sé que estás con esa chica y no me importa, él se ofendería muchísimo. No lo negaría, pero se ofendería muchísimo. Daría un portazo o dejaría de dirigirle la palabra durante un tiempo. Ella querría preguntarle entonces por qué se enfadaba. ¿Te enfadas porque lo sé o por decirte que lo sé? Porque él debería saber que ella, a estas alturas, lo sabe. Aunque no la conozca del todo, él sabe que ella no es tonta.

No me importa que mi padre llame putas a las enfermeras, no me importa que diga que soy una mala hija, lo que me importa es que lo sienta.

Anestesia

Lleva un buen rato delante de las estanterías, pasando el dedo por los lomos de los libros. ¿Estás bien? Sí, intento acordarme de cómo se titulaba aquel libro en el que la protagonista escuchaba todos los días la misma música, porque era la que iba a sonar en el funeral de su padre y quería estar preparada para ese momento. Me suena, ¿recuerdas el autor? No, tampoco me acuerdo. ¿Es que vais a poner alguna música? No.

Bajo tierra

Sabe que va a necesitar fuerza, por eso abre el cajón y saca esos pendientes de jade. Es consciente del peligro que supone. Esos pendientes no son nada, solo son esferas minúsculas que ni siquiera adornan, dos esferas que alguien pulió y engarzó en un palito de plata. Pero el día que enterró a su hijo los llevaba puestos. Los llevaba por casualidad. Y aquí sigo, en pie, después de tanto tiempo sigo en pie, se dice. Sabe que dos esferas tan pequeñas no pueden tener tanto poder. Aunque fueran globos terráqueos no tendrían ningún poder, pero ese día los llevaba puestos.

Los japoneses usaban jade para cubrir a sus muertos. Pequeñas láminas de jade para que el tiempo no corrompiera el gesto de sus seres queridos. Algo tendrán, piensa.

Sigue en pie, delante del cajón, abre la caja, sopesa el peligro de caer y se los pone. Las segundas veces de las cosas. Si la segunda vez funciona, el poder está garantizado de por vida, la casualidad se desvanecerá y será reemplazada por la superstición.

Tampoco voy a necesitar tanta fuerza. Solo voy a enterrar a mi padre. Es ley de vida enterrar a un padre. Ya enterré a un hijo y sigo en pie. Con o sin jade. Con o sin jade, repite, pero no se los quita. Si se los quitara ahora interferiría en no sabe qué. El peligro está ahí, ha llegado. Inmóvil ante el cajón, y el peligro zumbándole bajo las sienes No te los quites, no te los quites.

Espanta una mosca inexistente y respira. No quiero perder esto, no quiero deshacerme de este sentimiento irracional, casi salvaje, que me une al hombre de las cavernas, a los japoneses y al miedo. Quiero ser vulnerable. No quiero creer en nada, pero quiero conservar esto que me une al principio de las cosas. Que me dé la fuerza que necesito, tenga poder o no. No quiero perder este miedo a caer, esta desesperada y estúpida huida hacia delante que es aferrarse a dos esferas minúsculas que alguien pulió después de extraerlas de la tierra.

Sala 11

Y si el tiempo no existe, ¿de dónde sus devastadoras consecuencias?, leyó mientras orinaba. Alguien lo había escrito con rotulador y buena letra en la puerta del servicio de la sala 11. Se notaba que se había tomado su tiempo. Tuvo toda la noche por delante, desde luego. Al presionar la cisterna recordó que la caja, con su padre dentro, estaba justo al otro lado de la pared. Por una décima de segundo temió oírlo gritar ¡No hagas ruido! Volvió a pulsar la cisterna.

Su hija dormía de espaldas sobre tres módulos de escay azul. Su hermana no estaba, habría salido a fumar. Fumaba desde muy joven y solo por fastidiar a su madre. En realidad solo fumaba si su madre estaba delante. Discutían, le echaba el humo a la cara y, cuando su madre desaparecía dando un portazo, apagaba el cigarrillo con asco y se lavaba las manos en el fregadero.

Apoyó la frente en el cristal, estaba helado, notó cómo se le endurecían los pezones y cruzó los brazos. Miró las dos coronas. A su madre no le gustaban las flores, en el jardín solo tenían hiedra y helechos. A ella, sin embargo, le encantaban las flores. Su padre solía llevarla a los columpios, detrás del edificio de Correos, entre los dos cogían puñados de flores amarillas que después lanzaban al aire.

¿Y la tía? Habrá salido a fumar. ¿Qué haces, no duermes? Sí, ahora. Mamá, no le des vueltas. No es eso, estaba pensado que dentro de unos días las aceras se cubrirían de flores de tipuana.

Perspectiva

Mientras el hombre está subido a la plataforma, ella no piensa en su postura inestable ni en el viento que hace aún mayor esa inestabilidad, piensa en que ese hombre es pastelero. Quizá hace unos meses tuvo que cerrar su pequeño comercio de barrio, se vendía poco y los hijos no han querido continuar con el negocio. Este nuevo trabajo no está muy bien pagado, pero siempre hay plazas para quien esté dispuesto a ejercerlo. No es peor que otro trabajo. Él sigue la línea concentrado, sin salirse un milímetro, avanza dos centímetros y retrocede uno sobre la pasta blanda y blanca.

El hombre, sin mediar palabra y sin llegar a chasquear los dedos, pide a su ayudante otro tubo de silicona. El nicho ha quedado perfectamente sellado. Si estuviera en horizontal, solo le faltarían las velas.

Parece una tarta, dice entre dientes. Su hija no sabe si reírle la broma. ¿Estás bien, mamá? Claro, oye, creo que cuando termine el pastelero voy a ir a cortarme el pelo. ¿Pastelero? ¿Me acercas al centro comercial?

Se despiden sin ceremonias. Él se ha llevado a su cuñada. Ella y su hija van hacia el centro comercial. Durante el trayecto no han dicho nada.

Aprovecha que el semáforo está en rojo y déjame aquí. Puedo dejarte en el *parking*. No, no, aquí mismo, muchas gracias, hija, le dice pasándole la mano por la cara. Cuando el semáforo se pone en verde, ve cómo su hija la mira a través del retrovisor. En realidad es así como nos vemos unos a otros, como si nos miráramos a través de retrovisores. Ya está bien de tonterías, respira, hay que cortarse el pelo.

Mientras la chica le masajea la cabeza piensa en el nicho. Tres personas y un solo cráneo. Cuando murió su madre las incineraciones no estaban de moda. Cuando murió su hijo lo abrieron para meter sus cenizas. Aquella urna tan blanca que ahora, al abrir de nuevo el nicho para meter la urna de su padre, le había parecido un trasto sucio y feo.

Decisión

Entonces, ¿qué champú le pongo? La chica es demasiado indecisa. Eso es bueno porque el masaje será lento, pero también es malo porque ya le ha preguntado dos veces qué champú le pone. Uno normal. Normal no tenemos, tenemos para cabello graso, para dar volumen, para cabello castigado... Castigado. El agua, ¿está bien o la prefiere un poco más caliente? Así está perfecta.

El masaje se prolonga. Se nota que los dedos dudan y vuelven sobre sus diminutos pasos, de la nuca a las sienes. Ella, de todos modos, nunca consigue relajarse. ¿Y si alguien entrara de repente en la peluquería y disparara una ráfaga de metralleta sin previo aviso? Y ella allí, sin poder defenderse, con la cabeza incrustada en el lavabo negro, con los ojos cerrados recibiendo balazos. El estómago se le encoge, las manos sosteniendo la toalla alrededor del cuello se le crispan. Se levantaría en ese mismo instante y correría por la calle con la bata puesta.

¿Está bien el agua? Así está perfecta, gracias. Su estómago endurecido, hecho un muro de cemento. No, mejor de plomo para que las balas reboten.

¿Le pongo sérum o crema? Me lo voy a cortar, no creo que valga la pena. Será más fácil de desenredar y le dará brillo. Lo que tú veas. Entonces, ¿sérum o crema? Sérum.

Puede pasar por aquí. Ella saca la cabeza de la guillotina y camina despacio, entre los heridos. ¿Cómo se va a cortar? No lo sé. La chica se cruza de brazos. No sé, bastante corto, se me cae mucho. ¿Se le cae o se le rompe? No lo sé. Si se le rompe es por culpa del champú o del secador o del tinte. Si se le cae es de dentro. ¿De dentro? De dentro, repite la chica dándose tres golpes con el índice en la sien. ¿Que estoy loca?, piensa ella.

Entonces, ¿cómo se va a cortar? Antes de que pueda responder que no lo sabe, una señora de su edad cae al suelo sin necesidad de disparos. Las chicas corren, la encargada las detiene con los brazos abiertos. No es nada, es el calor, dice. No es nada, repite, ya le ha pasado otras veces.

Tiene tantas ganas de correr, de tirar la toalla y correr. Tiene ganas de quitarse la bata mientras huye, ganas de ver brillar el sérum mientras corre. Cierra los ojos.

¿Se lo dejo muy cortito?, para el verano es lo mejor. Abre los ojos ante el espejo. En segundo plano la encargada abanica a la señora mientras bebe agua directamente de un botellín. Sí, por favor, muy cortito.

Verde agua

Es su primer día libre en mucho tiempo. Su padre está muerto y no se siente culpable. Ni del sol ni de la luz entre las ramas de los árboles, más bien al contrario, piensa que están ahí para ella, para darle la bienvenida.

Estrena blusa, una blusa floja de algodón que acaba de comprar pensando que era verde. Es gris. Nada le gusta menos que ir de tiendas, por eso nunca se prueba nada y después parece que la ropa que lleva no es suya. Esta vez se la ha probado. Me la llevo puesta, ha dicho, con tal de no cambiarse otra vez. En la tienda parecía verde agua. Tampoco está segura de que sea gris, quizá es la luz. ¿Qué más da?, tengo una blusa nueva y hace sol.

El viento ya no puede despeinarla, se echa un vistazo en el cristal de un escaparate. Parece más joven, más guapa. Al pasarse la mano por la nuca nota el frío del anillo, el anillo de su madre. No sabe por qué se lo ha puesto, pero se alegra. Hoy ha hecho cosas que no había hecho nunca. Más bien no ha hecho cosas que suele hacer. No ha hecho la cama, por ejemplo. No ha desayunado en casa, no ha salido a la calle con las manos desnudas. Hace unos días la mano de su padre llenaba esas manos. Un hueco a partir de ahora, en sus manos. ¿Quizá por eso se ha puesto el anillo?, ¿para no llevar las manos vacías?

Mira el anillo. La piedra es verde agua. Está claro que la blusa es gris, piensa.

Libertad

Se ha sentado a mirar, a dejar pasar el tiempo como si no tuviera otra cosa que hacer. Su padre ya no la espera. La casa vacía. ¿La eternidad se parecerá a esto?, piensa. Se ha sentado a mirar cómo viven otros. Incluso los árboles, tan quietos, parecen más vivos que ella.

No sabía bien adónde ir y ha acabado aquí, en la que fue su facultad. Ha cambiado poco. Más papeleras, ceniceros con forma de cono estratégicamente lejos de la entrada y un trasto para aparcar bicis. Chicas de pelo largo, vaqueros gastados y bolsos en bandolera. Los ciclos de la moda. Todas con el móvil y la prisa en las manos. La prisa no debería estar nunca de moda. Ella saca un libro, una coartada para no dar explicaciones si alguien se las pidiera. ¿Qué hace usted aquí? Leo un libro.

Hay tres chicas bajo el falso árbol de la pimienta. Se huelen mutuamente el cuello, se empujan, se ríen. Escucha algunas conversaciones. Sin interés. Parecen sacadas de una serie americana, incluso engolan la voz, actúan. Unos chicos hablan de bajarse aplicaciones en vez de hablar de arte, política o fútbol. Nadie comenta la clase de la que acaban de salir. Parecen niños, parecen a salvo. Parecen inmortales. Se acuerda de aquel personaje de novela que le gritaba a su propio autor *¡Hazme joven!*

No es verdad que todo esté igual. Antes, ese *parking* era una explanada de tierra, ahora hay cientos de coches y demasiado ruido. Antes queríamos parecer mujeres, llevábamos las carpetas de dibujo con cuadros de expresionistas abstractos. Ahora llevan los portátiles en fundas con personajes manga. Ellos se dejaban barba, ahora se hacen fotos en poses ridículas.

Un chico se acerca, le pide fuego. De repente, a ella le gustaría meter la mano en el bolso y sacar una paloma, una sarta de pañuelos de colores. No fumo, dice.

Igual que entonces, justo a las ocho se encienden las luces. Una chica desencadena su bici y desaparece a toda velocidad. Debería comprarme una bici, una mujer en bicicleta siempre parece libre, piensa.

A cuerpo perdido

Qué fácil sería dejarse caer. La baranda me llega a la cintura, bastaría con balancear un poco el cuerpo. Así de fácil. Sin ceremonias, sin dramas, sin un motivo concreto. Te asomas a ver el paisaje, no pasa nadie por la calle en ese momento, todos están ya en su casa, zas y listo. Los vecinos apenas percibirían una sombra fugaz tras las cortinas, un ruido en la acera. Después dirían que estaba loca. Perdió el juicio, dirían. Su marido la engañaba. No, su padre acababa de morir y no pudo soportarlo, estaban tan unidos. No, ha sido por su hijo, jamás superó la muerte de su hijo. Estaba loca, usaba *shorts* y *pamela*, se anudaba una pulsera al tobillo, a su edad. Cualquiera conjetura les valdría. Es muy fácil disponer de la vida de los muertos.

Loca. Desde luego. Los locos somos los vivos, todos. Una vez que somos conscientes de lo que supone morir, quien siga vivo está loco. Completamente loco. Uno piensa que aparecerá un hombre bueno, una mujer hermosa, que nos salvará, que nos dará hijos igualmente buenos, hijas igualmente hermosas, que cuando llegue el momento de morir estarán a nuestro alrededor, bajo la luz dorada del atardecer, haciendo de nuestras últimas palabras un alegato a la vida. Valió la pena.

Quien piense eso está completamente loco, no yo. Yo no estoy loca. Yo no pienso en dejarme caer porque esté loca. Es solo un pensamiento, ni siquiera eso, no llega ni a la categoría de pensamiento, no es más que una ráfaga. Como este aire que me hace cerrar los ojos y seguir disfrutando del paisaje.

Verano

El 31 de agosto compré unas gafas de sol. Espero que el invierno sea frío en Bleturge.

Pájaros muertos

La chica, después de pasear por la habitación con un cigarrillo apagado en la boca y un mechero en la mano, había apoyado los puños en la cama y había gritado que estaba embarazada. Él solo recuerda sus pechos boca abajo, entre los brazos, temblando cada vez que daba un puñetazo sobre las sábanas. Está cada vez más furiosa porque él no dice nada. Cuando da por perdido que él reaccione de algún modo, enciende el cigarrillo. No deberías fumar, dijo él. No estoy embarazada, no soy tan estúpida, solo lo he dicho para ver qué cara ponías, ahora sé que nada de esto va contigo.

Cuando la chica dice Nada de esto, abre un poco los brazos. No se refiere a un embarazo ni a ese cuarto ni a ella misma. Él sabe a qué se refiere y sabe que tiene razón. Nada de esto va con él. Nada va con él desde hace mucho tiempo. Siempre dices que tengo la cabeza llena de pájaros, dice la chica, pero tú estás lleno de la cabeza a los pies de pájaros muertos, y apestan.

Él no recuerda haberse levantado de la cama ni haberle dado una bofetada. Tampoco recuerda haberse puesto los pantalones. Debió de ponérselos porque ha bajado al bar del hotel vestido. Alguien ha olvidado la bolsa del pan y un libro con una lima de uñas a modo de marcapáginas. De repente le viene la imagen de un libro boca abajo. Cuando su mujer era joven se dejaba los libros abiertos, boca abajo, en cualquier sitio. Tus libros parecen pájaros muertos. Eso le decía cuando ella era joven, tus libros parecen pájaros muertos. Tiene ganas de vomitar. Entra al servicio de caballeros y piensa en la lima sobresaliendo del libro. Piensa en esa lima y sonrío, y llora.

Gracias, vida

Acaban de sacarle sangre. Solo lo delata un punto violeta y diminuto del color de la sombra de los árboles en el campo. Porque el vacío del estómago no se ve. Tiene la sensación de haber trabajado toda la noche en una mina, aunque lo único que ha hecho es no desayunar. Un análisis para contentar a su hija.

Saca un libro del bolso y abre al azar *Nos inspira amor la caída de un ademán, la oportunidad de un árbol en el paisaje. Y para reproducir todo ese amor, no contamos sino con un detalle, pero que es suficiente.*

La sombra de los árboles sobre el asfalto es gris. Busca algo en el bolso que le sirva de marcapáginas.

Olor a pan recién hecho, entra, compra dos barras y una palmera glaseada. Al despedirse le desea buen fin de semana a la panadera, que levanta la mano y dice ¡Gracias, vida!

Podría haber dicho cualquier otra cosa, pero ha dicho Gracias, vida. Siente que del punto diminuto de su brazo vayan a manar cinco litros de sangre. No quiere entretenerse, solo quiere llegar a casa cuanto antes y comerse la palmera, pero al pasar por la administración de lotería ve que un chico sale con un boleto en la mano. Y entra y pregunta qué se juega hoy, y cómo. Puede elegir los números o dejar que decida la máquina, le informan. La máquina. Ya en la calle imita al chico y lee detenidamente los números como si rezara: 4, 5, 7, 28, 29, 37, 46. Y el frenazo de un coche.

Cierra los ojos apoyada en la fachada de un hotel. Árboles glaseados brotando de su estómago, de su brazo, cuatro árboles, veintiocho árboles, veintinueve, cuarenta y seis árboles. Y cae.

Alguien la abanica y le ofrece un botellín de agua. Un camarero se ofrece a levantarla. Un café le vendría bien, dice. Siempre le han gustado las cafeterías de hotel de poca monta, le parecen burbujas atemporales. Pide permiso para comerse la palmera. El camarero asiente y le sonríe como si fuera una niña.

No estoy bien, ahora hasta tengo alucinaciones, se dice cuando ve que él sale del servicio. Él la mira, ella aún no ha recobrado el color.

¿Qué haces aquí?, ¿cómo sabías que...?, ¡ahora me espías! ¿De qué estás hablando?, ¿qué hacías en el baño, no... qué haces aquí? Él apoya los puños sobre la mesa, no llega a sentarse. Ella respira hondo, bebe un poco de agua y recupera el color. Siéntate, anda, dice ella con un gesto de absoluto cansancio mientras parte en dos la palmera. ¿Quieres? Él no comprende, abre las manos, las junta como si rezara y vuelve a abrirlas porque piensa que quizá ella confunda ese gesto con pedir perdón. Finalmente acepta la media palmera que ella le ofrece.

No lo entiendo, ¿qué ganas espiándome? ¿Espíandote?, ay, mira, déjalo, vengo de sacarme sangre, me he desmayado y al verte..., déjalo. El camarero pone el café sobre la mesa. Invita la casa, dice. Él agacha la cabeza y recuerda las veces que le ha dejado propina, pero sobre todo recuerda las que no. Él tiene aún los ojos húmedos, pero ella no hace ningún comentario.

Estoy cansado, ¿sabes?, estoy muy cansado, ¿sabes qué podríamos hacer?, largarnos de aquí. Ella guarda el libro en el bolso y dobla el papel sobre los restos de palmera. No, no digo de aquí, ya no tienes obligaciones, hablo de vender la casa y largarnos de aquí para siempre, dice él juntando las manos sobre las suyas, sobre la mesa. Ojalá pudieras perdonarme.

En son de paz

No me gustan las palomas. No sé quién decidió que eran animales pacíficos. Las he visto luchar a muerte por una miga de pan seco y hasta atacar a una cría de gato. Ríete tú de los gallos de pelea. Las aves son raras. Otra cosa son los pájaros.

Una vez apareció una paloma en la ventana del que era mi cuarto en la casa de mis padres. Mi cuarto daba a un patio de luces donde solo entraba el sol por las tardes, oblicuo. Ese día había quedado para comer con un amigo. La mesa lista, su tarta de cumpleaños decorada con fresas. No recuerdo si pasadas las tres lo llamé para comprobar que estaba vivo o si simplemente di por hecho que ya no vendría. Lo que sí recuerdo es haber entrado en mi cuarto en busca de un libro para calzar mi decepción. Y allí estaba, una paloma de tenaz inexpresividad como otra cualquiera de su especie.

Yo, entonces, todavía buscaba señales. Su mirada siniestra de esfinge curó de algún modo mi tristeza. Le hice una foto. Todavía estuvimos un rato mirándonos, hasta que se hizo tarde y el patio de luces empezó a llenarse de cocinas iluminadas y voces que llamaban para la cena.

Vapor

El agua le enmarca el óvalo de la cara y las rodillas. Imaginaba silencio, pero los vecinos están en casa y el agua hace de amplificador. Cuando saca la cabeza no los oye. Se tapa los oídos con los índices y vuelve a hundirse. Solo escucha sus propios latidos. Perfecto. Tengo que flotar, piensa, este dolor solo se irá si consigo flotar. A los dos minutos unos versos le golpean la nuca. Ni siquiera son versos, piensa, flota, no dejes de flotar. Nada. Se incorpora, estira el brazo para alcanzar el cuaderno, saca el lápiz de la espiral, se pone las gafas. Mierda. Las gafas se han empañado inmediatamente. Recuerda cómo su hijo escupía en las gafas de buceo. Escupe en cada cristal. Nada. Escribe a ciegas. No sabe si después será capaz de entender su propia letra, pero si no escribe esos garabatos será incapaz de flotar en silencio.

Al dejar el cuaderno se mira la mano a contraluz. Se evapora. Si mueve los dedos, el vapor dibuja figuras en el aire. La muerte podría ser esto, piensa, evaporarse, meterse en la bañera y desaparecer poco a poco sin dolor, acabar siendo una capa fina y húmeda sobre el espejo, toda la vida una capa fina y húmeda que desaparece para siempre al abrir la ventana. Se evapora, pero le siguen doliendo la espalda y el cuello.

Él asoma la cabeza, ve a contraluz el contorno de tres libros apilados sobre la banqueta, y sonrío. Siempre tan optimista, piensa. Siente ganas de besarla.

¿Me llamabas?, te he oído silbar, dice él. No, no lo ha llamado, solo silbaba una canción tonta, y tampoco recordaba que silbar era la señal que usaban cuando eran jóvenes para llamarse sin tener que gritar. Siente ganas de besarlo.

Ella levanta la mano. Mira, ¿quieres ver cómo me evaporo? No, responde él. Ella mete un índice en cada oído y hunde la cabeza en el agua. Solo escucha sus propios latidos.

Quiero decir que no quiero que te evapores, dice él.

Seguridad

¿Te acuerdas de aquella maleta que hacías cada noche? Ella termina de frotarse las manos para extender los restos de crema, se quita las gafas y apaga la luz. No era una maleta, solo era una bolsa de viaje.

Recuerda cómo cada noche repasaba lo que ya había metido, no la noche anterior, muchas noches atrás. Recuerda el porqué empezó a hacerlo. Había visto en las noticias cómo una mujer revolvía entre los escombros de lo que había sido su casa, su gesto al reconocer una foto deshecha, el asa de la taza donde desayunaba. Contaba, sin dejar de rebuscar, que los bomberos le habían permitido entrar en su casa cinco minutos para coger lo imprescindible. Después de esto, dijo mirando a cámara por primera vez. Recuerda que le sudaron las manos. Solo pensar en cuáles serían para ella esas cosas le llevó más de una hora. Recuerda que hizo una lista con las cosas que salvaría, las ordenó por habitaciones y trazó el recorrido que debía seguir para tardar el menor tiempo posible. Recuerda haber mirado las cosas que no estaban en esa lista con una ternura inmensa e, inmediatamente, haber sentido un alivio igual de inmenso. Perderlo todo, comenzar una vida limpia de recuerdos, libre de sentimentalismo. Recuerda haberla arrugado y tirado a la basura. Recuerda que esa misma noche se había levantado para recuperarla. Se ve muy joven, alisando la lista sobre la mesa de la cocina y preparando la maleta por primera vez.

¿Te acuerdas?, estaba junto a la puerta, un día no estaba y pensé que te habías ido. Ella aguanta la risa.

Dentro de la maleta una foto de su madre, una copia de seguridad del ordenador, la pluma de su padre, una piedra del mar muerto, el alfiler del chupete de sus hijos y la única carta de amor que él le había escrito. Un día decidió guardar la bolsa bajo la cama. Ahí seguía, a mano. De todos modos, si los bomberos le daban cinco minutos le sobrarían cuatro.

Me alegro de que ya no la hagas, verla ahí me producía una terrible inseguridad, ¿te acuerdas de aquella bolsa? Me acuerdo.

Piel de naranja

Llega un día en que ya no hay vuelta atrás. Te das cuenta al poner el café en el filtro, cosiendo un botón o pelando una naranja. No quiero más. Y no es que piense en la chica del ascensor o en otras parecidas. Ya da igual, las chicas y todo eso. No es que piense en sus muslos flácidos. Algo se ha roto. Un crujido bajo el pecho. Ramas secas, piensa. Ramas secas que se parten bajo el pecho, un crujido inaudible bajo el pecho. Pero ¿cuándo? No sabe. Solo sabe que no quiere más.

Se da cuenta de que ha hecho un gesto con la mano, como si espantara una mosca. Ese gesto. Como si alguien hubiese querido consolarla o convencerla, ese gesto con la mano, tan suyo, para nadie.

Él entra en la cocina, toma un gajo de la naranja que ella está pelando. Una gota se le escapa, le chorrea por la barbilla. Una gota que atrapa con el dedo, lo chupa. No hay vuelta atrás, piensa ella.

Y la luz del sol no llega al suelo, se detiene en la mesa. Las manos también, sobre la mesa, detenidas. Cáscaras de naranja sobre la mesa. Y la luz no llega al suelo. Algún día la luz en el suelo y el deseo en el suelo, piensa, por fin, a merced de las hormigas.

Otra vida

Él había muerto. Ella seguía lavando su ropa, tendiéndola junto a la suya. Se despierta de golpe. Mientras se ducha tiene la sensación de estar en otra casa. El agua le pareció más salada que de costumbre y no ha reconocido ningún olor. Va a fregar los platos, pero ya están en el escurridor. Va a recoger la ropa tendida, pero ya está doblada.

Vestirse con prisa y bajar las escaleras sin esperar el ascensor, para salir cuanto antes a la calle, la ha dejado sin aliento.

Cuando vuelva cambiaré las sábanas, piensa.

Fachada

Una vez estaba sentada en un escalón, dibujando la fachada de una iglesia, y vi pasar a una chica. Vestía de negro, llevaba el pelo recogido descuidadamente y una carpeta enorme. Me levanté y la seguí. Ahora me río, pero entonces me pareció algo muy serio seguir a una desconocida. La seguí porque pensé que era yo.

Recuerdo que se paró delante de una bisutería. No puede ser de otro modo, pensé. Era mi tienda favorita, allí me había comprado los pendientes que llevaba puestos, unos pendientes diminutos con siete brillantes falsos en forma de flor. Cuando volvió a caminar, me paré unos segundos tratando de ver qué había estado mirando. Y allí estaban, mis pendientes, clavados en la tela estirada de un bastidor. Recuerdo que sentí un escalofrío. Recuerdo que pensé que, definitivamente, esa chica era yo y que había venido desde el futuro para decirme algo.

Entramos en una cafetería. Ella se quedó en la barra, yo busqué una mesa libre y dejé el cuaderno de dibujo en una esquina. Recuerdo mi excitación. Era la primera vez que entraba sola a un bar. Ella se movía con seguridad, se estiraba para alcanzar el periódico, se atrevió a pedirle al camarero que le pusiera más leche fría cuando llevaba el café por la mitad. Yo, ahora, con todos mis años, no sería capaz. Pedí un refresco y me arrepentí de inmediato porque no sabía si llevaba dinero. Me quedé quieta y encogida mirando cómo saltaban las burbujas del vaso, no me atrevía a beber.

La chica se acercó a mí y preguntó si tenía fuego. Supongo que mi cara de susto la hizo reír. No fumo, le dije. Yo tampoco, dijo ella. ¿Puedo?, y antes de que le respondiera ya estaba sentada frente a mí.

De cerca me pareció más joven. Ahora pienso que era casi una niña, una estudiante. Me gustan tus pendientes, dijo. Quise quitármelos para dárselos, pero no me moví, permanecí con las manos juntas entre las rodillas. Los compré en la tienda de ahí al lado. Lo sé, los he visto. En realidad no los compré yo, me los regalaron. Ya. Yo seguía pensando que esa chica era yo,

que de un momento a otro me revelaría algo importantísimo. ¿Dibujas? Sí. Yo también, ¿puedo?, dijo con mi cuaderno ya abierto entre las manos.

Quiero ser así, pensaba yo, quiero para mí esa ropa negra, ese mechón largo sobre la cara, esa seguridad. Quiero entrar en las cafeterías como si fueran mi casa y sentarme con desconocidos y hablarles como si fuesen mis hermanos. Quiero no desconfiar. Quiero ser así.

Dibujas muy bien. Gracias. Tengo que irme, llego tarde. Vale. La chica se acercó a la barra, pagó y se fue. Allí me quedé sin mensaje, con unas ganas inmensas de llorar. Abrí el cuaderno y miré mis dibujos intentado ver lo que ella había visto. Bocetos torpes de una niña con demasiados pájaros en la cabeza. Me bebí el refresco de un trago. Intenté imitar sus movimientos cuando me acerqué a la barra y le pregunté casi con osadía al camarero cuánto era. Nada, ya pagó tu amiga.

Recuerdo que sentí la sangre subiéndome a la cara y bajándome de golpe. Recuerdo que pensé que, en realidad, aquella chica se sentó conmigo porque se encontraba indefensa a la vista de todos, sola en la barra. Recuerdo que estiré la espalda y cuadré los hombros. Recuerdo que di las gracias y que al salir a la calle sentí que había decidido algo muy importante, algo que tenía que ver con el futuro y con cómo sería mi vida a partir de aquel instante. Pero no recuerdo qué.

Bleturge

Si cruzas la autovía por el paso elevado, llegas al río. A cada lado hay un prado silvestre donde crecen vinagretas, bidones de cloro vacíos y carritos de supermercado. Un día pensó Si se acaba el mundo y solo quedo yo no iré a tumbarme a Versalles ni entraré a robar en unos grandes almacenes. Me vendré a la orilla de este río que se pudre, a oler las malas hierbas y las bostas de las vacas. Nunca ha visto vacas en Bleturge, pero un día vio cómo dos caballos y un cerdo negro pastaban en armonía. Se irá con el sol de las cinco a mirar cómo boquean los peces en ese lodo que llaman río, donde todas las mañanas hay hombres pescando, y gaviotas pescando los peces que desechan los hombres.

También hay una fuente. Los niños suelen bañarse en ella. Una fuente cuadrada, pintada de azul, cerca del río. Los niños dejan la ropa en el suelo, se hacen ahogadillas y después se tiran en el suelo, al sol, como gatos mojados. Casas no hay, pero ella piensa que en Bleturge también hay una casa. Una casa vacía que la espera.

Flores

Las flores de Bleturge. No puedo dejar de mirarlas.

Ligereza

Se ha sentado en una terraza. La terraza tiene toldo de lona y paredes de lona con ventanas de plástico transparente. Casi transparente. Se sienta y abre el periódico por la página de su columnista favorito. Ligereza, lee. Habla de los nuevos jubilados. Jubilados felices que se creen veinteañeros porque han dejado atrás a una mujer de cincuenta con los labios operados y se han vuelto a enamorar de una chica de veinte con los pechos por operar. Cincuentones con polos de color rosa y una circonita en la oreja.

Una mesa más allá, dos adolescentes juntan las cabezas, bajan la voz, la chica dibuja constelaciones con los granos de azúcar que cayeron sobre la mesa y él después le chupa el dedo completamente ajeno al mundo. Nada, ningún polo de ningún color, ningún diamante en ninguna oreja, podría competir con eso.

Cuando todo conspira

En el autobús, el hombre que entra antes que yo y espera a que me siente. Cuando le doy las gracias, pero le digo que prefiero quedarme de pie. Él responde que también lo prefiere. Su actitud inquieta durante todo el trayecto al ver asientos libres y no poder sentarse para no quedar por mentiroso. Ese hombre que se despide al bajar, una parada anterior a la mía. El gesto de ese hombre parado en mitad de la acera, esperando para comprobar si me siento cuando el autobús vuelve a ponerse en marcha.

Cuando nada conspira

Lo que queda de algo que leímos y olvidamos. La manera en que se queda. La manera en que vuelve. Desordenándolo todo.

La luz irreal a través de los cristales tintados del tren de cercanías otorgándole nostalgia al paisaje. La luz irreal de un día nublado y dorado a la vez a través de la ventana de socorro. Todas esas casas color mantequilla, la lluvia limpiándolas y ensuciándolas por igual. Cerrar los ojos, ver que asoman araucarias, un ciprés, una palmera.

Preguntarse si los muertos llevan zapatos y, si los llevan, ¿para qué?

La cara de hastío de la dependienta por las continuas y necias preguntas de una mujer que finalmente no compra nada.

Los ojos ausentes de un niño que mastica.

Sostener una taza vacía, aún caliente, entre las manos. Sentir por una milésima de segundo que si se rompiera esa taza sería peor que el fin del mundo. Saber que es mentira.

Mirar la tele sin volumen, intentar saber de qué están hablando por el movimiento de los labios.

Después de pasar unas horas quietos y en silencio, saber que existimos porque, al respirar un poco más fuerte de lo normal, un papel sobre la mesa se ha movido.

En mitad de un paso de cebra desear volver sobre los propios pasos y emprender otro camino. Hacia atrás, hacia dentro, hacia la nada.

Lo remoto

Alguien con quien pasar la mañana. Olor a bollos, motorista rubia, chico alto. No estás. Mienten una vez y mienten todas, decías. Hombres sin camiseta, vientres flácidos, mujeres con celulitis. Cañas de cerveza. Caras que jamás olvidaré. La piel de los niños. Qué lejos de todo.

Hoy echo de menos algo de consuelo. Miro la luz amarilla sobre las fachadas y trato de encontrar lo que me falta en lugares remotos. La colcha áspera de la cama turca donde dormía de niña, el silencio del patio de la casa de mis padres a la hora de la siesta, caminar sola por uno de los pasillos del colegio, la risa de mi madre.

Sin duda, la risa de mi madre es el lugar más remoto que conozco. Pero me temo que el consuelo que busco tampoco está ahí.

Desenlace

Al salir de la casa de su padre y echar la llave, piensa por un segundo en tirarla. Aquella casa huele a muerto. En realidad solo huele a cerrado, pero le parece que aquel olor no se irá jamás. Nota un nudo en la boca del estómago, no sabe si asco o hambre.

No piensa volver. No quiere nada de esa casa. Su padre le regaló uno de sus relojes de bolsillo cuando cumplió dieciocho años, y su pluma favorita cuando cumplió cincuenta. Lo demás le da igual. Cuando vea a su hermana le dará la llave y que ella decida qué quiere hacer con la casa, venderla o quemarla.

Una chica se le acerca, le ofrece una tira de papel donde ha rociado perfume. Gracias. Mira la perfumería, ¿es nueva? En realidad es una tienda de regalos. Entra. La chica sonrío satisfecha. Mira sin prisa los cuadernos forrados de papel de agua. Elige uno en tonos dorados. ¿Se lo envuelvo para regalo? Es para mí, no hace falta.

Al llegar a casa sigue pensando en aquel olor. Se desnuda con desgana. Se ducha. Lo normal es ducharse de pie, piensa. Ya no recuerda desde cuándo se ducha sentada en el rincón que forma la bañera con las dos paredes. Un día se sentó, quizá por cansancio o para frotarse los talones, y la inercia siempre manda. Haces algo cuatro veces seguidas y se convierte en costumbre. Hoy sintió la necesidad de ir a la casa de su padre. Quizá mañana vuelva a sentirla. Por eso no piensa volver. Abre la boca bajo el agua. El nudo del estómago desaparece.

Se sienta en la cama con el pelo mojado, envuelta en un albornoz. Mi madre no aprobaría esto, piensa al hacerle un nudo al extremo de la cinta roja que asoma del cuaderno. Mi madre hubiera cortado la cinta en su nacimiento o, si hubiera decidido conservarla, habría quemado con cuidado la punta para que no se deshilara. Un nudo le parecería casi obsceno.

Nudo

Te lo advierto, en Bleturge no basta con atarse un hilo en el dedo ni una pulsera de cuero al tobillo. En Bleturge se olvida todo.

Ya no me acuerdo de ti. Solo se reina sobre lo olvidado, ¿te acuerdas?

Estación

Abrió el libro y leyó Una mujer sin maletas / pregunta por la estación // las manos en los bolsillos // no quiere dinero / solo quiere llegar a la estación.

Señaló la página con una foto de sus hijos en la playa, riendo con la boca abierta. Busca en el cajón la pulsera de cuero y se la ata al tobillo. En la mano derecha, el anillo de su madre.

Ella sí llevará maleta, en realidad es una bolsa de deporte.

Qué pocas cosas necesitamos, piensa mientras mete en la bolsa algo de ropa, su cuaderno nuevo, el reloj de bolsillo y la pluma de su padre.

Nota de la autora

El fragmento de la página 13 (Cayendo en espiral) pertenece a un extinto Blog de notas *El potadero de Bleturge*, firmado por un tal Purranki Sandongui, que se hacía llamar «Lehendakari de los caminos».

Cuando al cabo del tiempo conocí a Purranki en persona, me dijo: «Alguien debería escribir la novela de Bleturge».

Y así lo hice.

El fragmento de la página 187 (Nos inspira amor...) pertenece al libro *El revés y el derecho*, de Albert Camús. Desafortunadamente, por una jugarreta del tiempo, nunca llegué a conocerlo en persona.



Isabel Bono nació en Málaga en 1964 y, según ha confesado, escribe relatos desde la infancia gracias a unos cuentos que su padre le traía al volver del trabajo. Los poemas llegaron por casualidad. Cursó estudios de Ciencias Económicas en la Universidad de Málaga.

Entre sus poemarios publicados cabría destacar *Los días felices* (2003), *Poemas reunidos Geyper* (2009), *Pan comido* (2011), *Cahier* (2014) y *Lo seco* (2017).

Su obra poética ha sido recogida en diversas obras colectivas. Debutó en «Sur Cultural» *La joven poesía malagueña* (1987), y aparece en numerosas antologías: *Con & Versos (Poesía Andaluza del siglo XXI)* (2014), *Tras(lúcidas)* (2017) y *Bajo el signo de Atenea* (2017) por nombrar algunas.

En 2002 recibió el I Premio de poesía León Felipe por *Los días felices*, y en 2016 el Premio de novela Café Gijón por *Una casa en Bleturge*, su (casi) primera incursión en la novela.